

La Esfera



Año II * Núm. 73

Precio: 50 céntos



zins



HENO de PRAVIA
Blanquea y suaviza las manos

Ehrmann.

La Esfera

Año II.—Núm. 73

22 de Mayo de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



MANUEL ARRIAGA

Presidente de la República Portuguesa



CÁMARA-FLO

DE LA VIDA QUE PASA ITALIA Y SU REY

Pocas dinastías han logrado en la Historia encarnar y simbolizar un ideal nacional tan enteramente como la casa de Saboya; pocas han vivido en el trono tan unidas y compenetradas con su pueblo; acaso, ninguna. Un Saboya no sabría reinar de otro modo. Aquella gallarda y un poco displicente, renuncia de nuestro Amadeo, dejando la corona de España á merced de las vanas disputas y minúsculas ambiciones de nuestros políticos y nuestros generales, es la más exacta definición que hay en la Historia del concepto de reinar. O se es monarca absoluto como Pedro el Grande ó rey constitucional como quiso serlo Amadeo. Así, Víctor Manuel, con su pueblo, pudo realizar la unidad italiana, así Humberto pudo consolidarla, así en el reinado actual van tomando forma material de realidades los ensueños imperialistas de una raza, que por fatalismo ó providencialismo viene siendo á través de los siglos, vértice donde coinciden las civilizaciones que se extinguen y las civilizaciones que comienzan.

Dijérase nos hace un año no más, que iban á ser posibles para Italia las añejas reivindicaciones del Trentino y de todo el litoral adriático hasta la raya de Grecia, y no hubiese habido en el mundo un solo hombre que lo hubiera creído. Y, sin embargo, el más duro contraste de esta guerra está en el hecho de ese posible, de ese cierto engrandecimiento, al lado de la destrucción de la pobre Bélgica. Mañana, en el día de la paz, Italia pondrá su fe en otros ideales: la extensión de su frontera por los vergeles del golfo de León, hoy en manos de Francia, el dominio efectivo de Trípoli y el protectorado de la vieja tierra tunecina, el señorío de todo el Mediferráneo, como Inglaterra tiene el del Atlántico, y más allá, á través de Africa, la revancha en Abisinia, el engrandecimiento de Eritrea, la conquista de nuevos territorios, la creación de colonias donde la prolífica raza que hoy entrega sus excedentes de energía á la Argentina, se desborde y se enriquezca... Es Roma que resucita; Venecia que celebra sus nuevos desposorios con el mar...

El error de un político, la torpeza de un diplomático, el fracaso de un general pueden hacer caer al suelo como un castillete de naipes, este mundo de ambiciones. Se concibe por esto, la exaltación febril que se ha apoderado del pueblo italiano. Sin la justificación de las armas, sin la sanción de victorias, sin precio de sangre creen muchos que el ensueño no se realizará, que á medida que la paz se acerque la neutralidad irá valiendo menos y acabará por no servir más que para encender nuevos odios á través de los Alpes. Opinan otros, en cambio, que el riesgo está precisamente en el azar de la guerra, que se hace ya demasiado larga para que alcancen á cumplirse muchos optimismos, que pueden irisarse en palabras luminosas y ardientes en los labios irresponsables de un poeta como D'Annunzio, pero que deben meditar por un político como Giolitti, que enseña al desnudo su pensamiento temeroso con un admirable valor moral. Porque, para un gobernante nada más fácil ni nada más halagador que seguir las



Victor Manuel III y Elena de Montenegro, Reyes de Italia

exaltaciones y las alucinaciones del pensamiento popular. Así se nos llevó á nosotros á Cavite y á Santiago de Cuba. Luego el pueblo, convencido de su propia responsabilidad perdona al político.

Por encima de esto, imaginad la perplejidad de un rey constitucional, que además de Rey, es el heredero de la Casa de Saboya. Un designio providencial parece querer alzar sobre las ruinas de la guerra, á Italia reconstituída, con sus fronteras históricas, con sus ambiciones satisfechas. Está en sus manos resucitar las glorias de Víctor



El príncipe Humberto, heredero del Trono de Italia

tor Manuel, su abuelo... pero está también en sus manos lanzar á su pueblo á una aventura de dolor y de sangre que puede concluir en un desastre.

En este enloquecimiento humano, los que creen esperar la victoria del auxilio de estos soldados nuevos, de cañones no empañados aún, de aceros refulgentes sin manchas de sangre todavía, azuzan á Italia, como se azuzan á un perro, rememorándole sus viejos agravios con Austria. Y los otros, los que temen de la intervención de Italia la posibilidad de la derrota, la injurian por su olvido del Tratado no cumplido, y de los favores y amparos olvidados.

Pero lo raro, lo absurdo, es que este género de literatura, lógico y explicable en inglés, en francés, en alemán y en austriaco, se reproduzca en palabras castellanas y represente al pensamiento español. Nosotros nos hemos disociado de Italia como nos hemos disociado de Portugal. Ni el recuerdo de aquel Rey Amadeo, para el que todo español debe tener el más profundo respeto, ni el del Príncipe, su hijo, nacido en Madrid, ni la situación geográfica, ni la memoria de nuestras dominaciones en Nápoles y Sicilia, ni la comunidad de intereses han logrado hacer perdurar la menor relación espiritual entre estas dos naciones que, con Grecia, deberíamos tener, en una reconstrucción histórica posible, la clave del Mediterráneo y el dominio absoluto del Norte africano.

Así este desligamiento de Italia, del que se ha aprovechado Francia para llegar á ser la primera nación mediterránea y africana, produce el hecho de que en España no haya un pensamiento español para juzgar la situación de Italia, la táctica de sus políticos, la habilidad de sus diplomáticos, el entusiasmo de su pueblo y la admirable serenidad de su Rey. Juzgamos á Italia en estos momentos como si fuésemos franceses, como si fuésemos alemanes, como si fuésemos ingleses, á los que importa ahora mucho destruir el poder teutón, pero á quienes mañana, en un mañana no remoto, importará mucho también que en las orillas desde Gibraltar á Suez no se interpongan á su paso sino naciones mediatizadas y empobrecidas. Así, cada incidente de la guerra, aleja más á la pobre España de formular su pensamiento propio en este concurso de naciones neutrales. Y no lo formula porque no lo tiene.

No lo tiene porque la vida de relación no se improvisa, ni es cosa que pueda dictarse á un pueblo y obligarle á que la acepte y ponga en ella todos sus entusiasmos. La vida de relación, la trabazón de los intereses de una nación con sus comarcas es, ante todo, un proceso de cultura. Pueblo que no sabe cómo vivió en la Historia, pueblo que desconoce el trozo de territorio que ocupan sus afines en el continente, pueblo que ignora los contrapuestos apetitos que lo cercan y que pueden poner en riesgo su independencia, no puede sentir anhelos de expansión y de engrandecimiento. Y á una nación se la puede gobernar como á un rebaño, pero con un rebaño no se puede salir á correr aventuras fuera del propio redil.

DIONISIO PÉREZ

EL BUEN RETIRO

Ahora que Mayo, cuna de la Primavera y promesa del Estío va tan galano, pláceme hacer elogio deste viejo real sitio, que habiendo sido en sus comienzos jardín de reyes, es, al tiempo que estamos, parque de la villa.

Por sus frondas y sus alamedas, hogaño pisadas por toda suerte de gentes, cruzó en otro tiempo no muy lejano la tiranía palaciega y servil, llena de concupiscencias y destas huellas, alzóse tal nube de polvo que comenzó á ponerse el sol en España, y fuéronse formando los colores de nuestra bandera: el amarillo, que es coraje por la gloria perdida, y el rojo que es rubor por haberla dejado perder. Estas mañanas frescas y llenas de sol, en que damitas y galanes truecan gustosos la placidez del sueño por el ambiente primaveral que en el exregio jardín se respira, son como versos de un laudatorio poema, compuesto en loor y devoción de aquel Rey poeta y banal, que fué en el siglo Felipe IV de Austria.

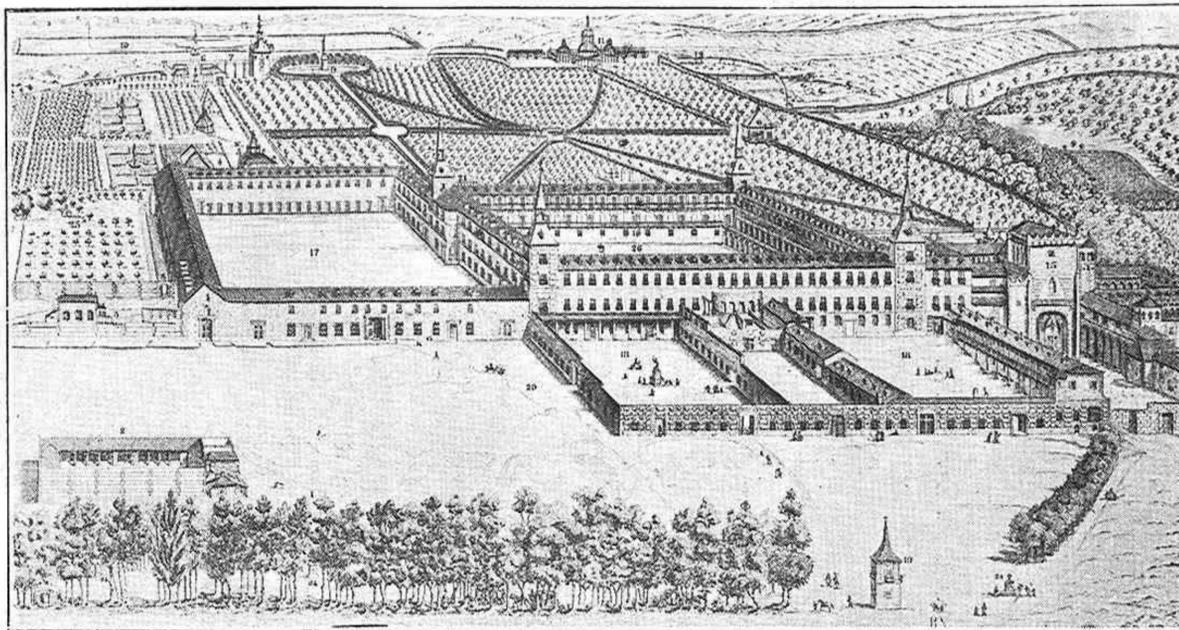
Cuando el austero fundador del monasterio de El Escorial y segundo vástago de la dinastía austriaca adornó aquella estancia denominada el cuarto, rodeándola de jardines, á la manera de los que su esposa doña María había en Inglaterra, sin duda que no pensó que ellos hubieren tan larga vida, y menos que andando el tiempo llegasen á ser patrimonio del pueblo.

Como él formó el recinto para que fuera retiro de los soberanos, así en las tribulaciones como en los momentos de meditación á que les trajeran los graves negocios del Estado, mal podía imaginarse que en época no muy lejana de su siglo viniese á ser parque de recreos y nido de fiestas cortesanas.

He aquí cuán distinto destino de aquel para que faeron creadas vienen á tener las cosas en el transcurso del tiempo, pues todos los negocios y sucesos desta vida como objeto temporal y mísero tienen el castigo de la inestabilidad y la transformación.

La quietud y recogimiento pensaron este recinto, y de allí á poco la gorja y la intriga adueñáronse dél é hicieronle antesala del Infierno.

La codicia y ansia de medro que carcomían el alma de aquel monstruo del favoritismo y la intriga que fué en el mundo D. Melchor Gaspar Núñez de Guzmán, conde duque de Olivares,



Vista del Real Sitio del Buen Retiro á fines del siglo XVII

desviaron criminalmente la conciencia del Rey, y á fin de poder él manejar los destinos de España á todo su talante y satisfacción, rodeó al joven monarca en un mar de enervantes placeres ajénándole por completo de los negocios de Estado.

Diz que muchas veces para embaucar al so-



LA REINA DOÑA MARIANA
Mujer de Felipe IV

berano y hacerle que aborreciera la pesadez del cargo, presentábasele el astuto favorito con la cinta y el sombrero llenos de memoriales, y encarecía lo mucho que dábale que hacer la confianza absoluta que pusiera en él su majestad.

Pues á este fin de tener al monarca entretenido y ajeno á todo cuidado del reino, ocurrióse al buen ministro hacer los jardines del Buen Retiro.

Comenzóse la fundación deste Real Sitio, el año de gracia de 1630, ampliando aquellos jardines enredor de una casa en que se guardaban aves raras, de países lejanos, á la cual llamaba el vulgo *El Gallinero*.

Por Real decreto, ya jamás de allí adelante dijose el *Gallinero* á tal lugar, sino el Buen Retiro, y con este nombre ha saltado las bardas y fronteras del tiempo, hasta llegar á este en que vivimos.

Tan bien acogió la cortesana villa este proyecto y cumplió lo que en la premática se le mandaba, que dió generosamente 20.000 ducados para las obras.

La noche de San Juan de 1631 inauguróse al fin solemnemente la residencia.

Famoso fué el festival y acaso de los más costosos que celebráronse durante aquel reinado en que no había dinero para pagar al ejército, en que la agricultura y la industria estaban á punto de fenecer del grave mal de tributos, impuestos

mienten que fuese el siglo XVII el siglo de la fe, la galantería y el honor, sino que en aquellos magníficos jardines floreció el ingenio... y acaso con tanta lozanía dió fruto, porque como á toda flor bella y magnífica le fué necesaria la escoria y la putrefacción para desarrollarse bien.

Fuérase aquí á hacer mención (siquiera fuese sucinta) de las fiestas celebradas en tal paraje, desde aquel tiempo á este nuestro, y no habríamos espacio suficiente en todos los folios de LA ESFERA, con ser ellos amplios y magníficos.

Aún ese cuerpo de edificio que ahora vale por Museo de Artillería, y fué hasta 1764 mansión de los reyes de España, si pudiera hablar dijéranos muchas cosas, que ni siquiera sospechamos, porque la Historia, poco amiga de sucesos particulares y aislados, no se curó de recoger y comentar.

Felipe IV, Carlos II, Felipe V, Fernando VI, Carlos III, fueron los regios huéspedes.

Al primero llevóle la veleidat y la concupiscencia, á los otros la belleza del lugar y la quietud que se disfrutaba...

Las frescas alamedas y los tupidos paseos parece que en estas lindas mañanas de Mayo acogen con más amor que á príncipe de la sangre y de la intriga á los descendientes de aquel pueblo sufrido y noble que dió 20.000 ducados para que sus reyes tuvieran una mansión digna de la monarquía de España, y sufrió en pago persecuciones del fisco, horrores de la hambre, torturas de la guerra y tizonazos de la Inquisición.

¡Vade retrol!

DIEGO SAN JOSÉ



FELIPE IV



FELIPE V



LA REVOLUCIÓN EN PORTUGAL

A una serie de dificultades políticas en la vida interna de Portugal sucedió una dictadura; la dictadura ha sido derrocada por una revolución. Cuando en días todavía recientes, Bernardino Machado intentó hacer abrir el Parlamento, cerrado y guardado por una doble fila de tropas, un periódico español recordó episodios similares de nuestro período revolucionario. También aquí salían tropas de los cuarteles para interrumpir los debates parlamentarios; también aquí hubo un período de años en el que la fuerza era la última y definitiva razón á que apelaban las banderías políticas. Nadie, por eso, pensó que era preciso el que una potencia extranjera viniera á intervenir en nuestros asuntos. Los tiempos de la Santa Alianza, que encarnaban la lucha de dos regímenes; los tiempos de los *cien mil hijos de San Luis*, atravesando España para ir á rescatar en Cádiz al rey Fernando de manos de los constitucionales han pasado ya definitivamente y no pueden volver. Era esa una concepción napoleónica de la vida de relación entre naciones, que necesita, ante todo, un Napoleón que la sustente victoriosa uno y otro día.

Pero ahora no. El caso de México de cuya sangrienta revolución que parece inacabable apenas nos llegan leves relatos, prueba bien cómo es preciso hoy tener un respeto más hondo á la vida interna de cada pueblo, que se tuviera antaño. Por mucho menos de cuanto ahora ocurre en la antigua Nueva España, fuimos allá franceses y españoles sin más fruto que acelerar el drama tremendo de Querétano, y hoy, en cambio, los mismos Estados Unidos proceden cautelosa y temerosamente.

Portugal entró en un período constituyente el día en que el Arsenal sirvió de capilla ardiente al cadáver del Rey y al del príncipe heredero. Poco después la sala de sesiones del Ayuntamiento lisbonense se cubría de negros paños para recibir los restos de un político popular, muerto á mano airada. Y estallaba la revolución y el riego de sangre no se ha interrumpido ni se interrumpirá hasta que no se aplaque la ira de los hombres.

Como críticos podemos juzgar los sucesos; como hermanos de raza y de territorio podemos lamentarnos de que las luchas políticas continúen perturbando la vida portuguesa, pero en esos momentos, más que en los días bonancibles, la frontera debe ser para nosotros algo más que una línea geográfica, algo más que la puerta inviolable de la casa del vecino; debe tener una significación espiritual é ideológica, ante la que toda hidalguía, todo respeto, toda consideración deben parecerse pequeños.

Porque—es cierto—esos movimientos revolucionarios de Portugal tienen una extraordinaria similitud con los que España padeció, desde que reintegrado Fernando VII á la patria, comenzaron las luchas entre constitucionales y absolutistas, entre liberales y apostólicos. Los nuestros duraron dos tercios de siglo y jamás se quejaron los portugueses de que le perturbáramos la vida con nuestra vecindad alborotada é inquieta. Tampoco nosotros podemos quejarnos de que la paz no reine en casa del hermano.

¡Y en qué días amargos para Europa surge en Portugal el conflicto revolucionario! Cuando perturbada toda Europa importaría más á cada pueblo aparecer fuerte y unido, compensando la pequeñez del territorio y de la población con el espíritu nacional que pudiera oponerse á posibles depredaciones en este general desquiciamiento. Portugal ofrece á la codicia de los grandes la tentación de un admirable imperio colonial. Todavía en las perturbaciones que padece no ha surgido, como en labios de Riego, aquel grito que prefería el régimen liberal al dominio de las colonias, pero si la Historia fuese según frase del clásico, maestra de la vida, y no como es, en realidad, un cuento largo, mucho más doloroso que ameno, Portugal pensaría seriamente que mientras el ejército y la marina disputa en sus cuarteles y sollados, y emplea el esfuerzo de su brazo en contiendas políticas, allá lejos, aisladas en el Océano, en las costas de Africa y en las costas de Asia, islas feraces y territorios ricos



CAMARA FOTO

JUAN CHAGAS

Presidente del Consejo de Ministros, herido gravemente por el conocido monárquico Juan Freitas

dejan de sentir la autoridad y el amor de la Metrópoli.

Estos días ha corrido la sangre en los buques de guerra, en las calles de Lisboa y de Oporto, en algunas ciudades y cuarteles. La República, que según sus leales, se sentía traicionada ha enriquecido su ya largo catálogo de mártires. Se ha restablecido una legalidad que parecía perturbada pero en derredor de Juan Chagas, herido mortalmente, y de los que han perecido en la contienda quedan semillas de odio que no tardarán seguramente en fecundarse y producir flores rojas de sangre y frutos negros de muerte.

Nuestro iberismo debiera concretarse ahora á asegurar á Portugal que no debe temer ni recelar nada de España. Ya no hay aquí un Godoy que sueñe con un fantástico reino de los Algarbes, y hemos liquidado en días muy amargos todos los errores que acabaron con la grande España, para que nadie sueñe con recobrar lo que el Conde Duque de Olivares no supo defender. Es más, en la mayoría de cuantos en España, por su acción en la política y en las letras, pueden influir en la opinión pública hay una sincera admiración para Portugal, en cuyos es-

critores nos vemos reflejados como en los nuestros propios, como si hubiese una sola mentalidad hispánica.

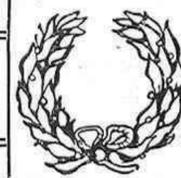
Por encima del dolor y de la muerte hay para el criterio español, en la ya larga gestación del régimen portugués una ráfaga de romanticismo que ennoblece y santifica todas las luchas humanas; esos caudillos que como Chagas, sacrifican la posición oficial que tenían, á un ideal que parecía vencido por la dictadura; esos marineros y esos soldados cuyos nombres quedarán olvidados en seguida, esos innominados ciudadanos que se lanzan á luchar en las calles sin esperanza de premio ni logro, los conocemos mucho en España y llenan numerosas páginas de nuestra historia. Son los mismos que se sublevaban en nuestros cuarteles, que iban á Vicalvaro, que seguían á Prim, que alzaban barricadas en la plaza de Antón Marián y se fortificaban en los soportales de la plaza Mayor. Y por eso, porque tienen nuestra misma sangre y nuestro mismo temple, cuentan con todas las simpatías del pueblo español.

AMADEO DE CASTRO



LOS GRANDES ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS

JOSÉ LÓPEZ MEZQUITA



JOSÉ LÓPEZ MEZQUITA EN SU ESTUDIO

FOT. CAMPÚA

José María López Mezquita nació en Granada en 1883. Tiene, pues, treinta y dos años y una de las más sólidas y gloriosas reputaciones mundiales. Su nombre es citado con respeto y admiración en España y fuera de España. Acaso nadie más que él tenga el derecho de considerarse heredero legítimo de los grandes maestros de la pintura española. Nadie antes que él puede ostentar orgullosamente el título de pintor de retratos entre los contemporáneos. Pocas vidas fueron tan tempranamente cubiertas de laureles que, lejos de marchitarse, se renovaron y se renuevan cada vez con más resonancia de victoria. A los diez y ocho años, en la Exposición Nacional de 1901, en la que sólo se concedieron dos primeras medallas de oro, obtuvo una de ellas por su

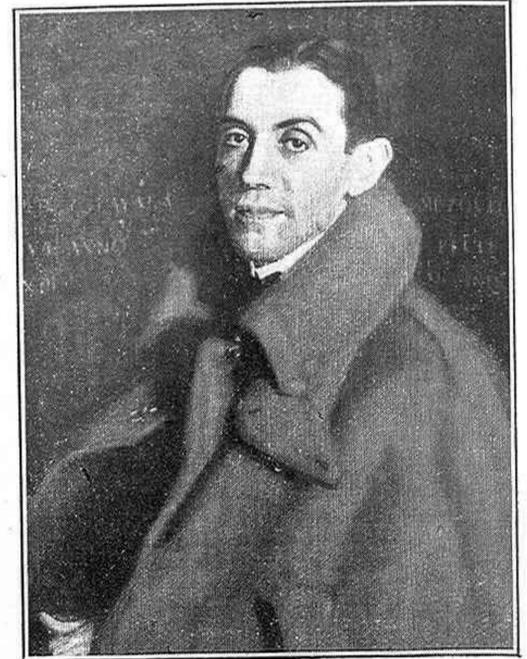
cuadro *Cuerda de presos*, que figura en el Museo de Arte Moderno. Nueve años después, en la de 1910, volvía a obtener otra primera medalla su retrato *La familia de Bermejillo*. Entre ambos grandes premios, una larga lista de recompensas: tercera medalla en el Salón de París de 1903; miembro «sociétaire» del Salón de Otoño de París de 1904; medalla de oro en la Internacional de Munich de 1909; medalla de oro en la Internacional de Buenos Aires de 1910; diploma de primera medalla en la Internacional de Bruselas; medalla de oro en la Internacional de Barcelona, etc... Fué delegado oficial de España en la Internacional de Munich de 1913, y es Presidente de la Asociación de Pintores y Escultores.



"Retrato"



"Tipos segovianos"



"D. Ramón Pérez de Ayala"

LOPEZ MEZQUITA Y SU OBRA

Después de escrito el nombre de José María López Mezquita, después de contemplado ese admirable conjunto de lienzos que expone en el actual certamen de Bellas Artes este maestro, que no vacilamos en llamar el primer retratista español, nos detenemos confusos y absortos como en el umbral de un palacio, que supiéramos lleno de maravillas y de tesoros.

Porque ha sido de tal manera pródiga en luchas, voluntad y resonadoras victorias la existencia de este artista, apenas salido de la primera juventud, que sería preciso mucho más espacio del de las páginas de una revista para abarcarla y mostrarla por entero.

José María López Mezquita es un caso único en la historia de la pintura española. Cuando su cuadro *Cuerda de presos* fué premiado con medalla de oro en la Exposición Nacional de 1901, hubo un gesto de asombro al ver como en plena infancia se granaba ya un gran artista. ¿Con asombro solamente? Con cólera y envidia también.

Tardaron mucho tiempo sus compañeros en perdonarle aquella primera medalla. Cerca de diez años le hicieron esperar la otra primera que le colocaba al lado oficialmente, —técnicamente ya estaba muy por encima— de los más ilustres artistas contemporáneos...

Fueron unos años amargos que fortalecieron su espíritu noble y entusiasta. Lejos de desesperarse, lejos de buscar triunfos fáciles con abdicaciones y desequilibrios y extravagancias como tantos otros, seguía haciendo un arte sereno, viril, sincero, realista, netamente espa-



"Retrato de la señora de Elizaguirre"

ñol, que sin funambuleras, ni *españoladas* á lo Zuloaga y á lo Anglada, era admirado en el extranjero y considerado como una sana y verdadera representación de nuestra tradición pictórica. Pero mientras fuera de España sus cuadros obtenían las más altas recompensas, en España sus compañeros é incluso la Prensa, mostraban una indiferencia que estaban muy de sentir.

No obstante, jamás un momento de cansancio, nunca una sola mueca de amargura, ni un minuto de desaliento. El joven maestro no sintió, como otros, la rebeldía de abandonar su patria, tan hosfil. Al contrario. Repasad los catálogos de todas las Exposiciones Nacionales de estos últimos diez años y siempre encontraréis el nombre de López Mezquita con cuadros armónicos, serenos, de una fuerte integridad espiritual y de una bien distribuída luminosidad. En 1904, además de otros retratos, el admirabilísimo de su madre que nos hizo recordar sin el menor peligro para el maestro español, aquel otro de la madre de Whistler. Cuadro que aun ahora, en plena madurez del artista, nos encanta y nos sorprende por la magistral sencillez con que está pintado. En 1906, otra de sus obras capitales, *Mis amigos*, además de varios paisajes de Granada y de retratos como el de Seco de Lucena y Larrocha. *Mis amigos*, que ha recorrido triunfal todas las exposiciones de Europa y América, es un cuadro representativo, dotado de un valor que pudiéramos llamar *histórico*, en el sentido de la riqueza documental, de la fidelidad descriptiva, de la riqueza ob-



"La infanta Doña Isabel y la marquesa de Nájera"



"De sobremesa"

servadora y psicológica con que están interpretados varios tipos característicos de cualquiera capital de provincia española.

De la misma época de *Mis amigos* son otros dos cuadros: *La juerga* y *De sobremesa*, que señalan dos aspectos distintos de la prodigiosa potencia de colorista que posee López Mezquita, como si para él se escribiera la afirmación de Anatole France: «el color es la música de los ojos». Sus lienzos son, en efecto, sinfonías de color, desenvolvimientos de temas musicales. Cada lienzo suyo está construido dentro de ese concepto rítmico de lo que debe ser un cuadro.

La juerga no ha llegado á exponerse en España. El original está en Berlín en una pinacoteca particular; la «réplica» en el Museo Nacional de Bruselas. Representa cierto baile plebeyo en un sótano de Granada, y todo él respira la lujuria triste y canalla del ambiente; deja una sensación de pesadilla y al mismo tiempo de la voluptuosidad un poco acre de las mancebías.

De sobremesa es, en cambio, un cuadro placido, tranquilo, donde la mirada se detiene gratamente seducida por la paz del hogar; lienzo suave y acorde envuelto en una gama de azules y verdes tenues.

¡Y qué distintos ambos á dos, á los, tan diferentes entre sí, *El velorio* y *Retrato de la familia Bermejillo*. Vibrante, «enloquecido» de color y de luz el primero; sereno, reposado, señorial, con la fraternal elegancia de los maestros ingleses del siglo XVIII, el segundo...

ooo

El momento actual del arte de López Mezquita es la ratificación, la cristalización definitiva de un gran temperamento de artista unida á la más alta sabiduría técnica. Esta espléndida colección de retratos que expone en la Nacional de 1915, son ejemplos claros, rotundos, de la sobriedad, la seguridad, el dominio asombroso de todos los secretos de su arte que han hecho de José María López Mezquita uno de los primeros pintores españoles de todos los siglos.

Ese respeto, esa fidelidad ante el natural sólo han podido tenerlo los grandes maestros del retrato, á quienes les fué tácitamente encomendada la misión de reflejar su época.

Los retratos de López Mezquita, aun siendo desconocido el personaje á quien representan, nos dan una convincente sensación

de parecido, de palpitante verdad, de efectivo humanismo.

Ahonda el maestro de tal modo en las líneas del modelo, profundiza más allá de las relaciones y valoraciones coloristas, que con la exacta semejanza física surge el otro—más difícil de conseguir—parecido espiritual. Nada tan propicio y fácil á las deducciones psicológicas como los retratos de López Mezquita. Viendo al personaje interpretado en el lienzo, podemos ver en toda su integridad, desnuda, su alma. No hallaréis en él jamás la adulación á la vanidad femenina; no le podréis reprochar una monotonía—que otros confunden con el personalismo—, en la elección de modelos, de fondos, incluso de aptitudes. Cada persona retratada por sí tiene su aspecto característico y peculiar, y muchas veces el maestro llega hasta la—en apariencia— más sencilla de las vulgaridades para librar del pecado de artificio á su pintura.

En su conjunto de obras—cuyos retratos son los mejores, indiscutiblemente, de todos cuantos

se exponen en el actual Certamen—vemos bien clara y definida esta gran cualidad del ilustre artista. ¿Qué hay de común—si no es la maestría técnica, esa soltura, esa pintura amplia, de seguras y pinceladas fijadas en carácter definitivo desde el primer momento—entre los retratos de la señora Eizaguirre y de la señorita de Bermejillo y los de Ramón Pérez de Ayala y mi alter ego José Francés? ¿En qué pueden recordar uno á otro el de la infanta Isabel y el de *Machaquito*, y ambos al de *Araceli*?

Todos ellos tienen la vida propia inconfundible, de la persona á quien el maestro retratará. El sutil, delicadísimo, de plácida armonía de la señora Eizaguirre; el gentilísimo de la señorita de Bermejillo; los tan representativos y característicos de los dos escritores; el de *Machaquito*, el de la dama con mantilla negra del pelo rubio, y la sonrisa melancólica; el de *Araceli*, bravía y trágica, el de los segovianos, el del torero *Machaquito* en experto contraste de las sedas y oros del traje toreril con la mueca brutal, del caballo muerto... Todos irán á unirse á la larga serie de los anteriores de López Mezquita como documentos valiosísimos para estudiar en toda su voracidad real cómo eran los españoles de principios del siglo XX.

¿Y el de la infanta Isabel con la marquesa de Nájera? ¡Oh! Este sobre todos. Tendrá, pasado el tiempo, la importancia técnica é histórica de un Velázquez, de un Claudio Cuello, de un Pantoja, de un Goya...

Y además es una página delicada de poeta. Es como un poema de Tennyson escrito para ser recitado en una noche de sarao, ante la corte, donde pudieran oírlo gentiles azafatas á quienes todavía el desengaño no empujó hacia el consuelo de la amistad. Recuerda el grupo inolvidable de la augusta infanta y de su dama favorita, siempre juntas en las fiestas palatinas, en los palcos regios de los teatros, en los regocijos y fiestas populares, en las tardes de toros, calle Alcalá arriba, en el charolado landó...

Y siempre que contemple la infanta Isabel este cuadro, sentirá en su alma una íntima melancolía, uno de esos profundos ensimismamientos que nos aíslan de los hombres y de las cosas, porque le evocará los años pretéritos y sin retorno, la cegadora tolvanera de tantos recuerdos...

SILVIO LAGO



"Campesinos abulenses"

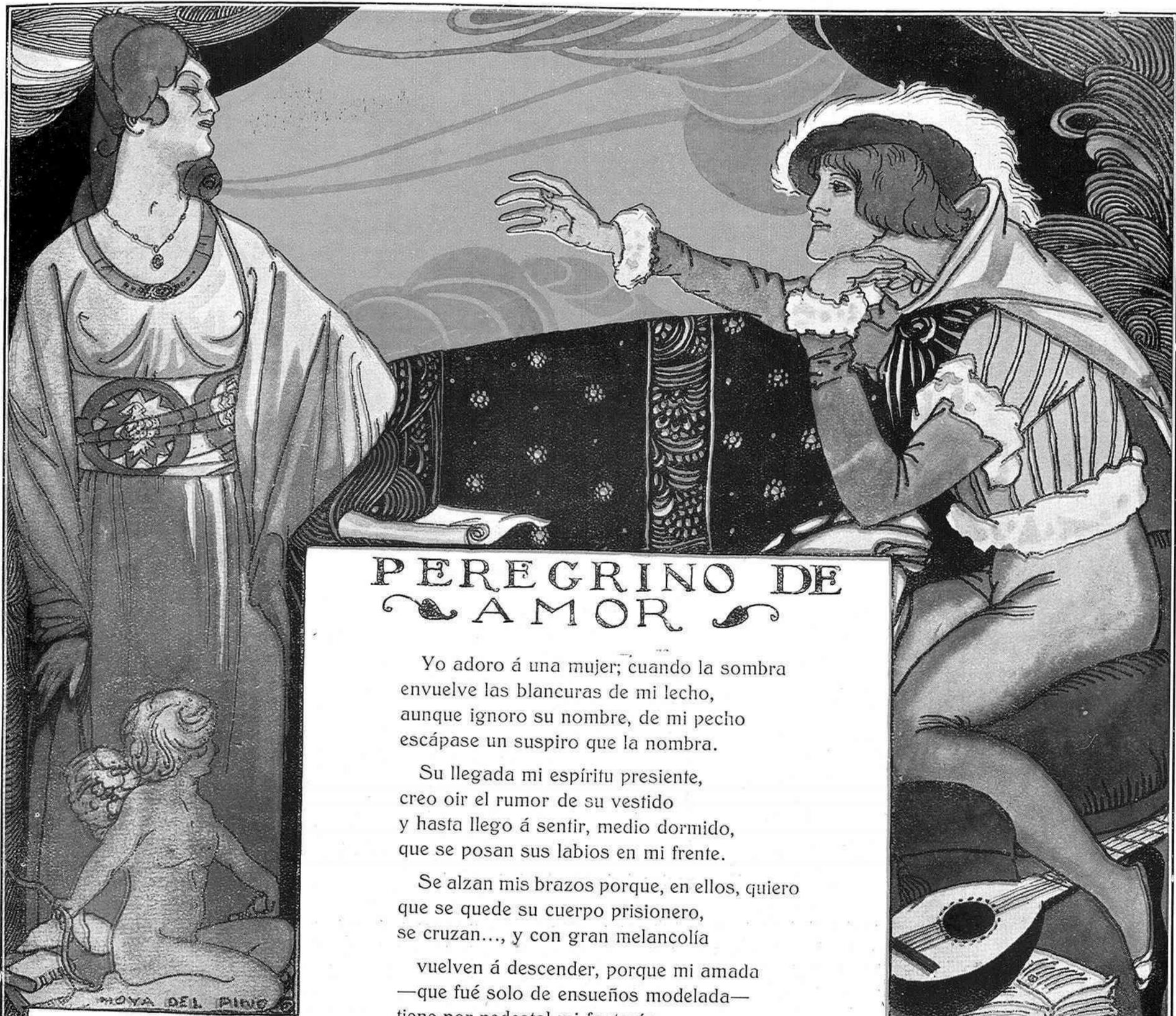


LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



RETRATO DE LA SRTA. CARMEN BERMEJILLO
Cuadro de López Mezquita, que figura en la Exposición Nacional de Bellas Artes



PEREGRINO DE AMOR

Yo adoro á una mujer; cuando la sombra
envuelve las blancuras de mi lecho,
aunque ignoro su nombre, de mi pecho
escápase un suspiro que la nombra.

Su llegada mi espíritu presente,
creo oír el rumor de su vestido
y hasta llevo á sentir, medio dormido,
que se posan sus labios en mi frente.

Se alzan mis brazos porque, en ellos, quiero
que se quede su cuerpo prisionero,
se cruzan..., y con gran melancolía

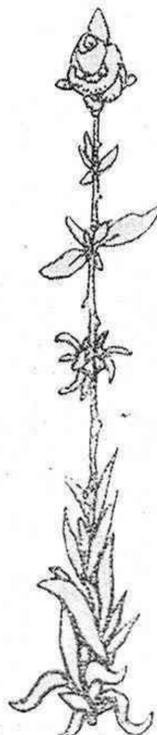
vuelven á descender, porque mi amada
—que fué solo de ensueños modelada—
tiene por pedestal mi fantasía.

... Y me pongo á llorar con ese llanto
que no trae ni un sollozo, ni un gemido;
ese llanto silente en que va unido
con la resignación nuestro quebranto.

Tengo un ansia infinita de querer
y sueño con querer y que me quieran,
y es muy posible que mis sueños mueran
sin encontrar un alma de mujer

cual la quimera que, al soñar, presiento,
la que quiero abrazar, la que se trunca
dejándome sumido en el dolor...

¡Soy como un peregrino que, sediento,
quiere calmar su sed y no halla nunca
la fuente cristalina del amor!...



Si el destino me tiene reservada
una mujer que me ame; si ella existe,
calme la sed del peregrino triste,
¡que me muero de amor sin amar nada!

¿Tal vez sin conocerla he de morir?...
No me asustan los años que pasaron,
que, ellos, con la ilusión se alimentaron...
Pero ¿y los que me quedan por vivir?

¡Muchos años tal vez!... ¿Tendré paciencia
para aguantar los golpes y dolores
de una vida tan triste y tan amarga?

Un continuo estertor es mi existencia,
agonizo viviendo sin amores,
¡y es la agonía demasiado larga!

DIBUJO DE MOYA DEL PINO

JOAQUÍN DICENTA (hijo)

HELIGOLAND, ISLA SAGRADA
NI INGLESES NI ALEMANES



Tipo marino de la isla de Heligoland

QUEDABA en Europa un terrazgo patriarcal, donde los moradores eran felices... Felices, como aquel pastorcillo de la poesía de Eusebio Blasco, que ganaba un duro al año! La guerra, con sus fierzas y crueldades, ha venido á perturbar la dicha en aquel apacible islote, que no conocía más bravuras, más trágicos desencadenamientos que los de las olas rugidoras y las bramantes tempestades.

Este terrazgo patriarcal era la isla de Heligoland. En su minúsculo perímetro hay 2.000 habitantes; los hombres son corpulentos, secos, recios, de cabellos rubios; las mujeres sonrosadas y llenas, como de Rubens. No son ingleses ni alemanes; son frisones, restos, acaso, de una vieja raza refugiada en las islillas de la desembocadura del Elba y que se ha mantenido aislada de sus vecinos sajones y teutones, suecos y daneses. El ducado de Holstein, cuando pertenecía á Dinamarca, les dió, con su dominación, historia y costumbres, pero esta dominación era puramente nominal. Los helgolandeses gozaban la más completa autonomía. En aquella época Heligoland era para todos los pueblos de origen sajón una isla sagrada, un santuario, al que se iba á cumplir promesas religiosas.

La pequeñez de sus bienes no encendía codicias de administra-

ción pública, y en cuanto á sus leyes sobran los abogados y los juristas y los políticos, porque toda su legislación y todos sus ordenamientos

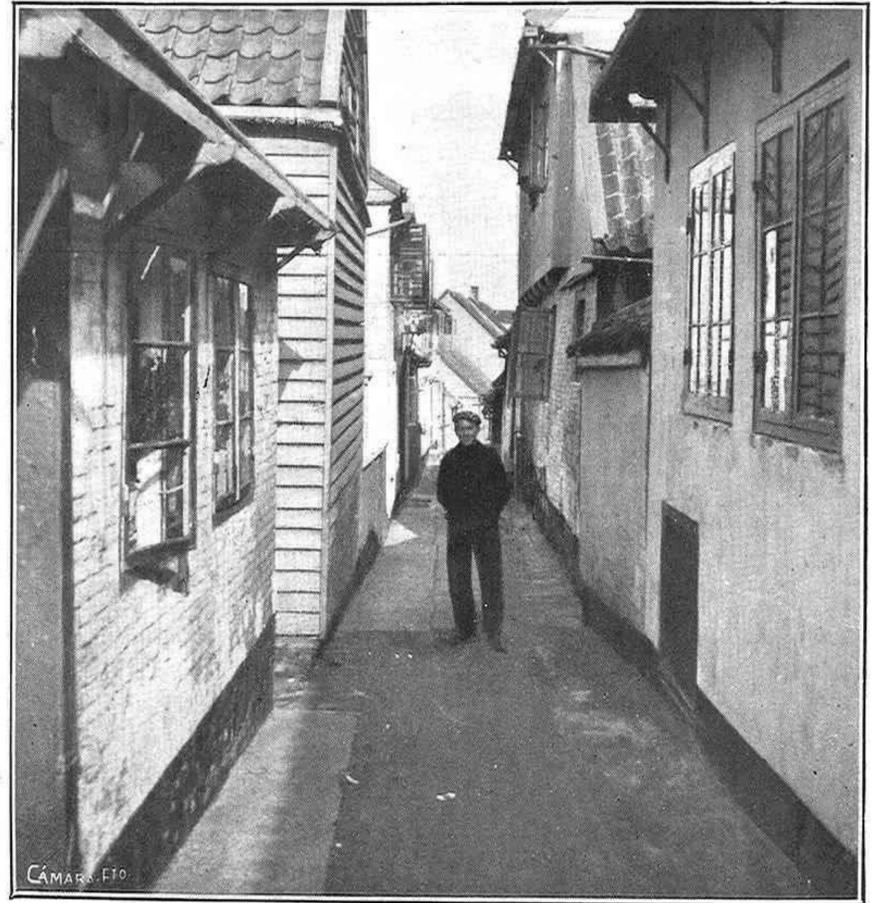
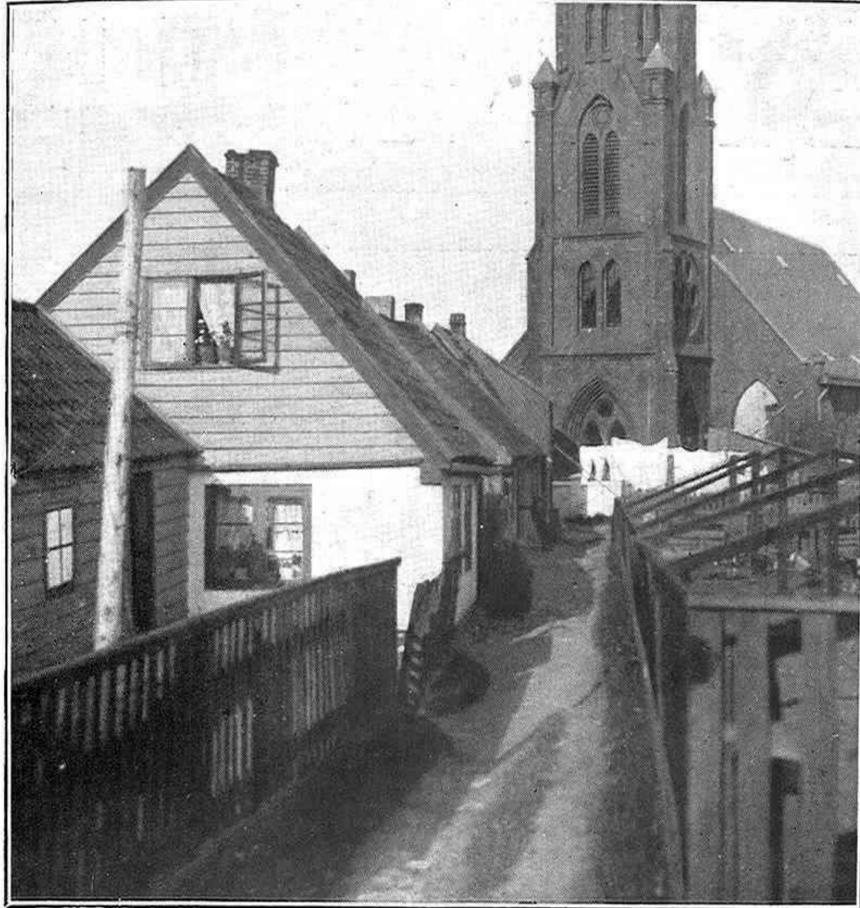
cabían en una hojilla de papel de fumar. No había más que un código con catorce artículos. Un grupo de ancianos lo interpretaba y aplicaba y hacía cumplir.

La isla de Heligoland tiene un lado de altas rocas acantiladas. Desde ellas baja la tierra en declive hacia la otra parte formada por una linda playa arenosa. Arriba está la villa, Oberland, con sus 350 casas, en su mayoría de madera y de un solo piso; las calles son muy estrechas. Abajo, aprovechando las calas que el mar forma en las dunas, hay un pequeño embarcadero, donde amarran los barcos de pesca. En cada casa hay un minúsculo jardín, una corraliza para las gallinas, un desván para las redes, las jarcias y los remos. En lo más empinado del promontorio se alza la iglesia, el antiguo santuario, reconstruído cien veces, mil veces y otras tantas, grieteado y hundido por los vendabales, sabe Dios cuántas en el transcurso de los siglos!

Y toda la vida de Heligoland es ésta: escuchar, día y noche, incesantemente, el fiero bramar del mar del Norte. Los hombres, avezados desde niños, son admirables pescadores; no hay temporal, ni niebla, ni tempestad que



Vista de una calle de Heligoland



Calles típicas de Heligoland

les espante. Las mujeres, acabados los escasos menesteres de sus modestos ajuares, tejen el cáñamo, recomponen las redes, bordan sus ropas y cuidan sus gallinas, que producen unos huevos exquisitos, muy estimados por su sazón especial en Cristianía, en Hamburgo y en Londres. Así vivían, ni envidiosos ni envidiados, siglos y siglos. La falta de letrados y folicularios entre los helgolandeses y su carencia, por lo tanto, de archivos y bibliotecas, es causa de que su historia esté perdida, si no en la acostumbrada noche de los tiempos, entre las brumas y nieblas de aquellos mares. No se sabe por qué usaban una vistosa bandera roja, verde y blanca, como si fuesen una nación hecha y derecha, ni los antecedentes de sus costumbres, muy semejantes á las de los daneses. Esta similitud no dice nada, porque entonces habría otra más chocante. Todos aquellos lobos de mar se rasuran diariamente las mejillas y el labio superior, dejándose crecer una abundante perilla, unas verdaderas barbas de chivo, como las que usaron los yanquis del tiempo de Lincoln y con las que se pinta el símbolo del tío Sam. Las mujeres, en cambio, con sus cabelleras de oro puro, sus plácidos ojos azules y sus carnes sonrosadas son tradicionalmente coquetas. Tienen un complicado traje, que llamaríamos nacional, si Heligoland hubiese sido alguna vez nación por su cuenta y riesgo. Se compone este traje de una pequeña gorra, camiseta blanca, corpiño, chal verde y de falda roja, que baja hasta poco más de las rodillas. Como en la bandera, no hay en el traje femenino más colores que el blanco, el rojo y el verde. La gorra, la falda y el chal llevan admirables bordados y la camiseta y el corpiño espléndidos encajes, que tejen aquellas mujercitas en las interminables noches de invierno, mientras la tempestad y el mar rujen sus iras. Aquella apacibilidad de siglos comenzó á perturbarse en 1807, cuando Napoleón intentó el bloqueo de Inglaterra.

Más que guerreros necesitó entonces Albión osados contrabandistas, y Heligoland, con su situación geográfica y sus bravos pescadores, le sirvió admirablemente para ello. Las casitas de madera de Oberland se convirtieron en depósitos de mercaderías, que las barquillas helgolandesas trasladaban á los buques en alta mar y aun á los puertos y playas cercanos. Con este trato y negocio aficionóse Inglaterra á aquel buen islote y á aquellas buenas gentes, y al firmarse en 1814 el tratado de Kiel, consiguió que se le adjudicara la propiedad de la Isla. Sin duda tenía la Gran Bretaña propósito de convertir Heligoland en otro Gibraltar, en un pontón militar que le sirviera de avanzada frente al Elba, pero

se ignora por qué se limitó á enviar un gobernador, único inglés que residió en Oberland durante todo el siglo pasado. Ni un soldado ni un cañón, salvo la recluta para el servicio de la Real Armada.

Así, hasta 1890, en que se firmó el tratado anglo-alemán. Inglaterra, para que Alemania le dejase las manos libres en Africa, le cedió la isla de Heligoland, concediéndose á los helgolandeses dos años de plazo para que escogiesen la nacionalidad que más les agradase: británica ó teutona. Y como á los helgolandeses ambas le importaban lo mismo, dejaron pasar los dos años, y al cabo de ellos, los 2.001 habitantes que hay en la isla resultaron alemanes.

No procedió Alemania con la imprevisión que Inglaterra. Apenas fué alemana la isla, unos industriales hamburgueses la creyeron explotable para playa de baños, para sanatorios y para turismo. Respetaron á Oberland, la tierra alta, la tierra de arriba, pero en Niederland, la tierra de abajo, la playa, construyeron dos buenos hoteles. Y los buenos helgolandeses vieron interrumpida su paz secular por la llegada incesante de aquellas gentes ricas que en verano alborotaban en la playa como una bandada de gaviotas. Los estrategas del Imperio, á su vez, creyeron que la isla tenía una admirable posición, hicieron galerías subterráneas, enterraron en ellas cañones formidables, é hicieron retemblar las casitas de madera y amedrentaron á las mujeres y á las gallinas con sus disparos.

Y ahora cada día que amanece temen los helgolandeses que los buques ingleses puedan acercarse á intentar destruir estos fuertes alemanes. Entre tanto, el fiero mar del Norte se va tragando lentamente la isla sagrada. Cada temporal hace desprenderse de los acantilados trozos de piedra y en la playa baja, en Niederland, el oleaje va mordiéndolo como un roedor infatigable...

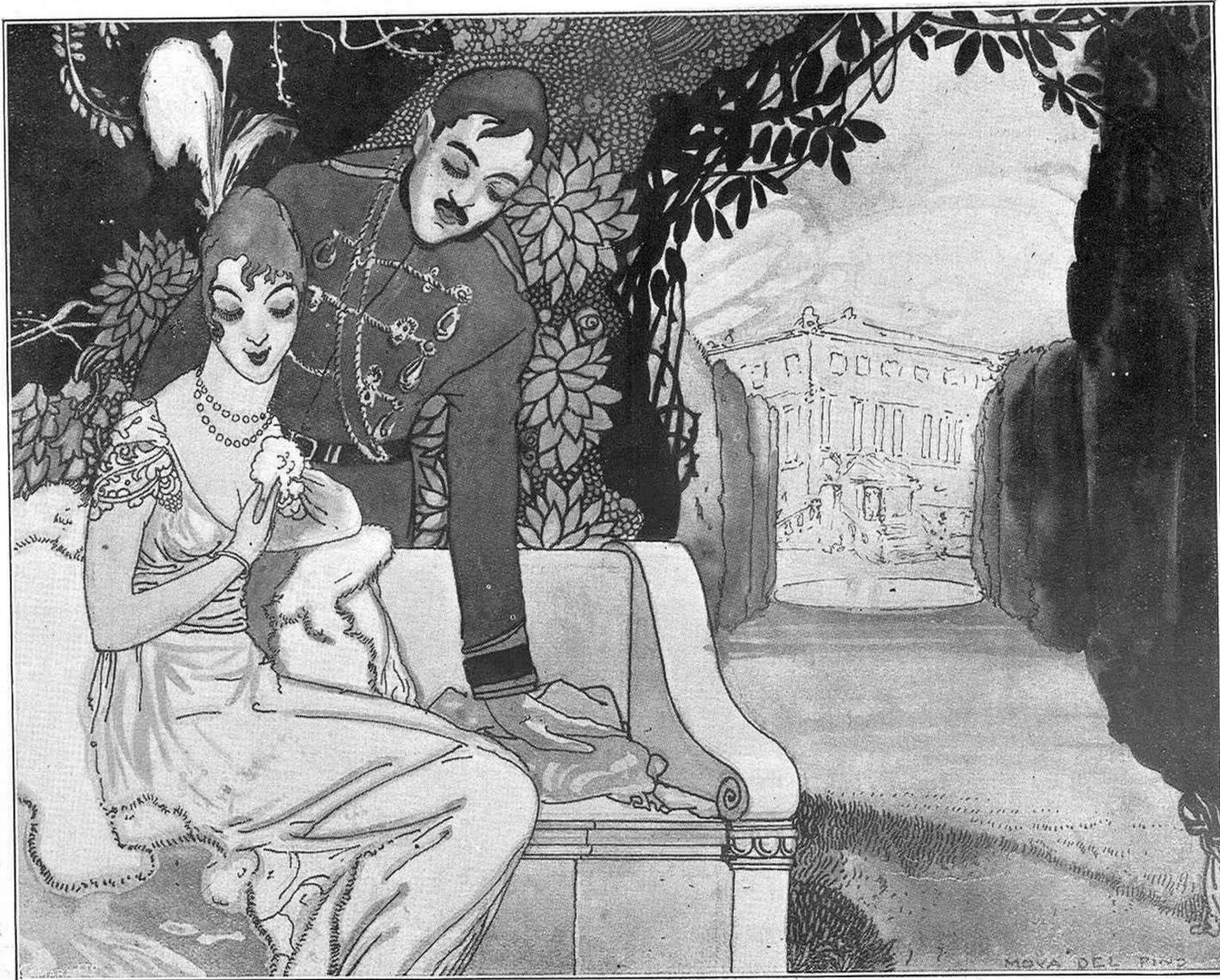


Marineros de Heligoland



CUENTOS ESPAÑOLES

A MUERTE



PERSONAJES: Doña Sol; veinte años. Teniente de caballería don Luis Izquierdo; veinticinco años.

Coronel de caballería don Florentino Pacheco; cincuenta años. Esposo de doña Sol.

La acción se desarrolla en una ciudad sitiada. Es media noche. La escena en un escondido cenador del parque del palacio Roudira, cuyos dueños, para mejor acreditar su desdén hacia las bombas que los sitiadores lanzan sobre la ciudad, celebran un baile de trajes. Los apellidos más aristocráticos asisten á la fiesta; nadie tiene miedo; las mujeres, especialmente, descotadas y alegres, ríen y dan pruebas de un heroísmo admirable. ¿Acaso para danzar allí no hace falta tanto valor como para morir sobre la muralla?

DOÑA SOL.—Salgamos; este cenador está demasiado obscuro.

IZQUIERDO.—¿Ya se va usted?

D.^a S.—Nuestra ausencia podría ser notada.

IZQ.—Una palabra de esperanza, Sol; una palabra para mi pobre corazón que muere de sed... (La mira largamente á los ojos. Ella sonrío, se turba... Realmente está monísima, con su rostro de veinte años bajo la nieve de una peluca Pompadour. Izquierdo, exaltándose.) ¿No me amaré usted nunca?

D.^a S.—¡Ah, cómo, si el deber nos separa!... Para corresponder á la pasión que usted me ofrece necesario sería que yo fuese libre.

IZQ.—Será usted libre.

D.^a S.—(Cruel). ¿Tiene usted esperanzas de que una bala enemiga me deje viuda?

IZQ.—¡No! Yo buscaré el medio. Adiós. (Se inclina para besarle una mano).

D.^a S.—(Palideciendo). Somos perdidos; mi marido viene hacia aquí y nos ha visto...

IZQ.—Mejor; él nos trae la solución del problema; le diré la verdad.

D.^a S.—¡No, no!... ¡Niegue usted!... (Escapa por una puertecilla lateral, disimulada en la hiedra).

Silencio. Sobre la arena del caminar, resuenan cadenciosos los pasos y las espuelas del coronel. De pronto, su figura alta y sólida, y su rostro enmarcado por una barba anciana, se recortan sobre la claridad de la puerta.

DON FLORENTINO.—Buenas noches, Izquierdo. (Ni su voz ni su ademán, expresan inquietud.)

IZQ.—(Llevándose maquinalmente una mano á la visera del kepis.) Buenas noches, mi coronel.

D. FLOR.—¿Se ha refugiado usted aquí, huyendo del baile?

IZQ.—Sí. Allí debemos mostrarnos corteses y espirituales con las señoras, y la idea de que mañana podemos morir... francamente... me quita el humor de ser chistoso. (Aparte). No sospecha nada...

D. FLOR.—También yo me aburría en el baile; tenía ganas de hacer ejercicio...

IZQ.—Salgamos.

D. FLOR.—Podemos regresar al hotel para despedirnos de los señores de Roudira.

IZQ.—Como usted guste.

D. FLOR.—A mi señora, su hermano la acompañará á casa. Yo, esta noche, deseaba hacer un poco de ejercicio. ¿Quiere usted que probemos unas espadas muy buenas que me han regalado?

Corta pausa.

IZQ.—(Comprendiendo). Si usted quiere...

D. FLOR.—¿Por qué responde usted así, tan dócilmente, «si usted quiere»?... No es su coronel, quien le habla. Dígame usted su parecer; si prefiere usted la pistola á la espada, no hay incon-

veniente; á mí también me gusta tirar al blanco.

IZQ.—(Procurando dominar su emoción, demasiado fuerte para su juventud). La diversión que usted me propone iba á carecer de interés.

D. FLOR.—¿Sí?... (Sus facciones se endurecen repentinamente; pero, casi sin interrupción, vuelven á serenarse.)

IZQ.—Sí, mi coronel. Usted, que es un notable esgrimidor, sabe muy bien que la mejor espada de nuestro regimiento es la mía.

D. FLOR.—Cierto. Pero, francamente, en este momento lo había olvidado.

IZQ.—Mi valor y mi cortesía debían recordárselo.

D. FLOR.—Entonces, vamos á tirar un poco al blanco.

IZQ.—No, mi coronel.

D. FLOR.—¿Tampoco?

IZQ.—Tampoco.

D. FLOR.—(Sonríe). ¡Sí que es usted complaciente!

IZQ.—Soy campeón de tiro desde hace tres años.

D. FLOR.—¿Qué importa?

IZQ.—No; nuestras fuerzas son demasiado desiguales y una victoria así me humillaría. Sí en los duelos á pistola...

D. FLOR.—(Asombrándose y casi risueño). ¿Duelos á pistola? ¿Qué ha dicho usted? No se trata de un duelo; ¡cuidado con repetir esa palabra!... Se trata de un asalto, de un juego...

IZQ.—Tiene usted razón; pero como en los asaltos á pistola ó á espada, no pueden darse «tantos» de ventaja como en el billar...

D. FLOR.—Verdaderamente...

Caminan despacio bajo los árboles del jardín. Aquí y allá, los arcos voltaicos suspendidos á

gran altura, deslíen sobre la vastedad negra de la fronda un humo de plata.

Izq.—Debemos discurrir otro entretenimiento. Yo, también, deseaba hacer algo extraordinario esta noche.

Pausa.

D. FLOR.—Ya sé. ¿Quiere usted acompañarme á dar un paseo por la primera trinchera?

Izq.—Muy bien. *(Por sus cejas ha pasado un ligero temblor, pero se ha repuesto enseguida.)*

D. FLOR.—Vamos entonces á decir adiós, á nuestros amigos. ¿No le parece á usted que no estará demás despedirse de ellos? *(Ríe.)*

Entran en el hotel. Muchas personas les rodean. Pasa doña Sol.

D. FLOR.—¡Sol!

D.ª S.—¿Nos vamos?

D. FLOR.—Izquierdo y yo, sí; tú puedes quedarte hasta la hora que gustes.

D.ª S.—*(Pálida como las muertas)*. Bien, hasta luego. *(Váse.)*

UN CABALLERO.—¿Dónde van ustedes tan temprano? Son las doce y media...

Izq.—El coronel me invita á dar un paseo por la primera trinchera.

EL CAB.—¿Cómo?... ¿A estas horas?...

D. FLOR.—Yo le decía á nuestro amigo Izquierdo que, efecto sin duda de la disposición del terreno, cuando tenemos viento sur las balas suenan más que cuando el aire sopla del norte; y él no quiere creerme. Voy á convencerle de su error y si lo consigo, habrá de invitarme á champagne.

UN CABALLERO.—La prueba es peligrosa. Tengan ustedes cuidado.

OTRO CABALLERO.—Eso, mi coronel, ¿quiere usted que le diga la verdad?... Me parece una locura.

Los dos militares sonrían: apretones de manos, abrazos, donaires, recomendaciones, etc. Izquierdo y don Florentino atravesaban la ciudad; las calles están desiertas y casi á oscuras. De cuando en cuando, en el silencio, el estampido de una bomba al caer. Los dos hombres llegan á la primera línea interior de las fortificaciones.

UN CENTINELA.—¿Quién vive?

D. FLOR.—Coronel Pacheco.

El centinela saluda. Ellos siguen por en medio del campo. A la luz serena de la luna todo aparece limpio, mondo; la metralla, poco á poco, lo arrebató todo, casas y árboles. De pronto, muy lejos, crepita una descarga y una nube de balas pasa, silbando, piando semejante á una bandada de vencejos.

D. FLOR.—¿Hay buenos ánimos, teniente?

Izq.—Sí, mi coronel.

D. FLOR.—No hemos podido elegir noche me-

jor: ni calor, ni frío, ni viento... y, por añadidura, desde esta tarde el enemigo da nuevas pruebas de actividad.

Izq.—*(Sin ironía)*. Es una gran noche.

UN CENTINELA.—¿Quién vive?

D. FLOR.—Coronel Pacheco.

El soldado saluda. Los paseantes cruzan otras tres líneas de fortificaciones y llegan á la trinchera más avanzada. Son las tres de la madrugada. En el firmamento, de una limpidez tropical, parecen brillar más estrellas que nunca. Un enorme cono de claridad lechosa, fría, espectral, desciende de la luna. A intervalos, ora cerca, ora lejos, resuenan descargas cerradas de fusilería. Luego el silencio y el reposo, otra vez. Únicamente la voz del cañón ronca sin cesar. Un oficial se acerca; tiene la barba crecida y el uniforme cubierto de barro.

OFICIAL.—Buenas noches, señores.

D. FLOR.—¿Hay novedad?

OFICIAL.—Nada, mi coronel. Una granada acaba de matarnos ocho hombres.

Don Florentino é Izquierdo continúan andando; pero en vez de buscar el abrigo de los fosos trepan á un repecho.

(El oficial, estupefacto, grita). ¡Eh! ¡No... por ahí no!...

Ellos no le responden; ni siquiera vuelven la cabeza.

Izq.—¿Fuma usted un cigarrillo Klonaris, mi coronel?

D. FLOR.—Gracias, yo prefiero los Kedive; huelen mejor y son más suaves. ¿Quiere usted un Kedive?

Izq.—Con mucho gusto.

Suena una descarga y ambos se sienten, un instante, en una ola de plomo.

D. FLOR.—¿Le han hecho á usted daño?...

Izq.—No, señor. *(Saca su caja de cerillas y ofrece lumbre á Pacheco)*.

D. FLOR.—Usted, primero.

Izq.—Usted, mi coronel.

D. FLOR.—Gracias. *(Enciende, y satisfecho levanta la cabeza para lanzar el humo al espacio)*.

Segunda descarga. Evidentemente el enemigo dispara contra ellos; las balas han pasado sobre sus cabezas como un enjambre de voraces avispas.

Izq.—¿Nada, mi coronel?

D. FLOR.—Nada. *(Pausa)*. No negará usted que este paseo ofrece una extraordinaria grandeza. Nuestra aventura es digna de dos nobles italianos del Renacimiento...

Tercera descarga.

Izq.—Mi cigarrillo se ha apagado. ¿Me da usted lumbre?

D. FLOR.—Tome usted. *(Acerca su Kedive al*

de Izquierdo). Le felicito, teniente. Acabo de cerciorarme de que su mano no tiembla.

Izq.—*(Modestamente)*. Tampoco á usted le tiembla el pulso, mi coronel.

Continúan paseando, y aunque miran á todas partes atentamente, á nadie ven. Los ejércitos pelean escondidos bajo tierra; es una lucha de topos. En el medio kilómetro que por aquella parte separa á las dos trincheras enemigas, se pudren desde hace días varios centenares de cadáveres que nadie se atreve á recoger. A ratos, un olor nauseabundo, la horrible pestilencia de la carne podrida envenena el aire.

Izq.—Nunca hubiese creído que nuestros rivales tirasen tan mal. A estas horas los pobres, sin duda, están medio dormidos.

D. FLOR.—Además, es posible que nos tomen esos muñecos con que los soldados de ambas partes suelen engañarse.

Izq.—Tal vez...

Ha silbado una bala, una sola, y su silbido ha sido como la raya que un diamante deja en un cristal.

D. FLOR.—¡Ay!... *(Su brazo derecho se tiñe de sangre)*. No es nada...

Izq.—*(Impasible)*. En estas circunstancias eso no constituye una ventaja para mí. Estamos iguales.

Suena otra descarga. Don Florentino vacila y su acompañante tiene que sostenerle. Ha recibido un balazo en el cuello y la hemorragia es terrible.

D. FLOR.—Esto ha concluido.

Izq.—*(Queriendo levantarse)*. Vamos, mi coronel, arriba; no pierda usted la esperanza; aún puedo yo morir. Seguimos iguales...

D. FLOR.—*(Cerrando los ojos)*. Esto ha concluido. Váyase usted.

Llueven las balas.

Izq.—Arriba, mi coronel.

D. FLOR.—*(Le mira sin rencor y, por primera vez, sus labios se abren á la sinceridad)*. Ya sabe usted que nos hemos batido por «ella»...

Izq.—Sí, mi coronel.

D. FLOR.—Quiérala usted mucho.

Izq.—*(Conmovido)*. Con toda mi alma.

D. FLOR.—¿Como yo, verdad?

Izq.—Sí, mi coronel; como usted.

D. FLOR.—Como yo...

Muere.

Izquierdo, ileso, salta al foso. Se ha salvado. Inmediatamente vuelve á su casa para escribir á doña Sol una carta que empezará así:

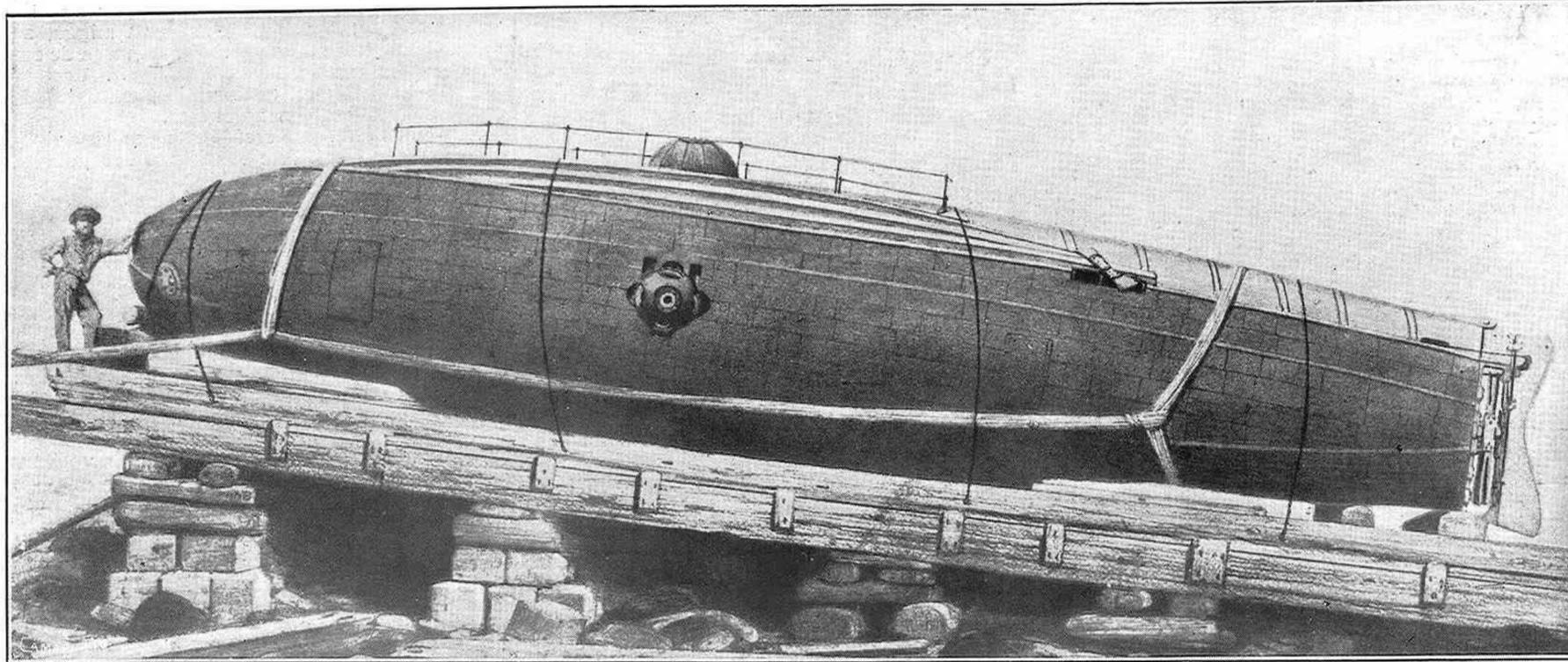
«Ya es usted libre...» etc.

EDUARDO ZAMACOIS

DIÉJOS DE MOYA DEL PINO



EL PRIMER SUBMARINO ESPAÑOL LO QUE FUÉ EL "ICTINEO" DE MONTURIOL



El submarino "Ictineo", construido por Monturiol en Barcelona en 1865

La guerra actual ha puesto nuevamente sobre el tapete en nuestra patria, porque en los demás países hace ya algunos años que quedó resuelto el problema de la navegación submarina, dándose el caso de que haya sido precisamente un literato, cosa extraordinaria, el insigne Azorín, quien en *ABC* recordara á España que se debía un recuerdo de gratitud á Monturiol y á su *Ictineo*; y exclamaba: «¿Qué había de aprovechable en la obra de Monturiol?»

La joven generación de hoy, no tan sólo ignora, como Azorín, qué puede haber de aprovechable en la obra de Monturiol, sino que, lo que es aun más lamentable, ignora hasta su existencia.

Tanto para que sirva de acicate á la juventud á fin de que entre en deseos de curiosar en los escritos técnicos, publicados acerca del buque de Monturiol, como para reclamar un poco la atención de jóvenes y viejos, recordándoles que aún no se ha saldado la deuda de gratitud que España tiene con este hombre insigne, es por lo que trazamos estas líneas, reflejo exacto de lo que fué el *Ictineo* ó barco-pezo, en cuya cámara vivimos intensas horas de emoción al lado del maestro.

ooo

El primer *Ictineo* fué un buque puramente demostrativo.

Tratábase de probar que era posible navegar sumergido con entera independencia del exterior; que el hombre podía, sin peligro, sustraerse del aire-atmósfera por tiempo, sino indefinido, bastante largo, para desempeñar lentas labores en el fondo del mar.

Esto, que hoy está ya resuelto, fué considerado entonces como un atrevimiento peligroso por personas de reconocida ilustración científica.

Cinco hombres llevaban el barco al fondo del mar, sufriendo, bajando, virando y deteniéndose á voluntad entre dos aguas. Debíó este *Ictineo* descender á fondo de 40 metros, pero serias averías recibidas en la varada disminuyeron algo la cota máxima de profundidad.

Gobernábase este submarino con la precisión de cualquiera embarcación flotante, como lo probó en los 50 ensayos públicos que hizo en el puerto de Barcelona y cuatro en el de Alicante.

Su estabilidad en la inmersión era notable. En el ensayo oficial de Alicante con mar de fondo y olas de metro y medio de altura, navegó por el fondo un recorrido de 2.000 metros, sin guiñadas, en línea recta, apareciendo de cuando en cuando en la superficie para demostrar que no se separaba de la dirección prefijada.

El *Ictineo* siguió el ensayo de sumersión durante dos horas y media, ignorando su tripulación lo que pasaba en la superficie.

El equilibrio se lograba y mantenía con precisión matemática.

Los miembros de la Comisión del Ateneo barcelonés encargada de emitir opinión sobre el *Ictineo*, D. José de Letamendi y D. Juan Font y Guitart, descendieron al fondo del mar en el *Ictineo*, creo que dos veces, para cerciorarse de las principales afirmaciones adelantadas por el inventor en las varias conferencias que con él tuvieron.

ooo

Los ensayos toman con el segundo *Ictineo* mayor vuelo, y sobre todo un tono científico muy marcado. Una cámara de mayor tonelaje y en consecuencia una mayor fuerza motriz: el barco dotado de todos los necesarios mecanismos pulcramente contruídos (1); una tripulación experimentada, reforzada por una sección facultativa, eran recursos muy superiores á los de que había podido disponer el *Ictineo* de ensayo. Así es que las prácticas de las principales funciones de la nave fueron insensiblemente convirtiéndose en indagaciones experimentales del mayor valor científico.

Dará idea de este movimiento experimental la cita de los principales ensayos que paso á enumerar.

Ensayos de sumersión

Debíase en estos ensayos examinar la aptitud de sus facultades natatorias, la impermeabilidad del casco resistente y la ley de la contracción de este casco.

Las sumersiones empezaron por ser de cinco metros, aumentándolas de cinco en cinco, hasta los 50, que fué la mayor á que llegamos.

Fueron los primeros ensayos simples inmersiones; esto es, descenso vertical sin andar, para experimentar la impermeabilidad del casco.

La cámara se mantuvo impermeable hasta 25 metros de profundidad, á cuya cota embarcamos en tres minutos 252 litros de agua. Fué la causa, la destrucción, por oxidación instantánea de unos tornillos de hierro, del forro impermeable que se habían alternado con tornillos de bronce. (Sumersión de 16 Junio de 1865).

Reparada la avería—que por cierto fué costosa en tiempo y dinero—prosiguiéronse las sumersiones para deducir la ley de contractibilidad. Hasta los 50 metros de inmersión, resultó ser de 0,0001 por metro de descenso vertical. Este resultado estaba de acuerdo con el obtenido en el *Ictineo* de ensayo.

(1) Fueron contruídos algunos en los talleres de «La Maquinista Terrestre y Marítima», y la mayor parte en los del «Nuevo Vulcano».

Pasamos luego á la comprobación de sus aptitudes natatorias con sólo la vejiga y el lastre de equilibrio longitudinal.

Yo conocía á fondo los mecanismos del buque y su motivo científico, y esto me hacía presagiar su comportamiento, pero no podía presumir que una masa como el *Ictineo*, fácilmente desequilibrable por su longitud y de más de 70 metros de volumen, pudiese manejarse con media vuelta de un simple grifo, deteniéndose en el seno de las aguas, á voluntad del timonel. Tanta era la confianza que inspiraba á la tripulación este dominio de la nave, que en una de las sumersiones en que se estudiaba la refinación, faltándonos algunos tripulantes, que por razón del cólera se habían ausentado temporalmente, invité á cuatro amigos (1) á que nos acompañaran en calidad de sustitutos de los ausentes. Accedieron muy complacidos, acompañándonos en tres sumersiones, en las que descendimos al fondo del mar, frente á la baliza que terminaba el muelle de Levante, que estaba entonces á 22 metros de la superficie.

La estabilidad del buque en sumersión, era tan notable como la del *Ictineo* de ensayo. Al sumergirnos, los tripulantes, que no tenían á la vista los manómetros, ignoraban siempre donde estaban, pues, sólo advertían, que abandonábamos las aguas superficiales, por faltarle al buque el balanceo, y que volvíamos á la superficie, cuando penetraba la luz por los cristales de las mirandas.

Su equilibrio de inmersión, era igualmente perfecto.

Manteníase entre dos aguas, andando ó parado, al punto de poder entregarse á cualquiera labor, como lo probó en los ensayos de cañón. Y era tan sencilla la maniobra, que nadie á fondo podía adivinar por ella, si subía, bajaba ó se detenía.

Recuerdo que en una de las sumersiones en que venían los amigos citados, paramos el barco entre dos aguas, con objeto de dar un descanso á la gente (el motor era aún el muscular), y uno de mis amigos (2) se levantó decidido, *para salir á cubierta á fumar un cigarrillo*; estábamos á 21 metros de profundidad!!

Entre los varios ensayos de navegación, que pueden dar idea del valor de su aptitudes natatorias, citaré los siguientes:

Ensayo de inmersión suave.—(17 Octubre 1865).—Los 18 metros de profundidad, que había detrás de la escollera de Poniente, del puerto de

(1) Eran éstos D. Pablo Ramis, D. Eduardo Simó, don Enrique Arpuerich y D. José Serramallera, todos Ingenieros industriales.

(2) Don Eduardo Simó y Fontenbesta.

Barcelona, tardamos veintiun minutos en descenderlos verticalmente. El buque no andaba, descendía por pequeñas fracciones, parando y volviendo á descender.

Ensayo de densidad.—(19 Noviembre 1865).—Equilibrado á una cola de profundidad de 17 metros, como media milla antes de la playa de Casa Antúnez, anduvo 1.200 metros sin desviarse de esta costa, en cantidad posible á los manómetros.

Ensayo de parada y virada.—(28 Diciembre 1865).—Cargaba sumergido á 8 metros, el cañón que montaba á cubierta: ascendía á 90 centímetros de la cara de agua, y allí parado viraba con las anclas de popa, para dirigir el tiro convenientemente. Hecho el disparo, descendía al fondo; cargaba de nuevo; ascendía al fondo y repetía la misma maniobra.

Pasemos á decir algo de las que se refieren á la normalización de su atmósfera.

Ensayo de respiración

Reseñar detalladamente cuanto sobre este tema se hizo, no cabe en los estrechos límites de un trabajo como éste, porque cada una de las conclusiones á que se llegó, importaba un considerable número de sesiones experimentales.

Así por ejemplo: máxima proporción de ácido carbónico en la atmósfera icítnea, sin peligro para la vida.—Mínima y máxima proporción de oxígeno. Eran dos datos que importaba conocer con precisión y en primer término.

Una atmósfera con uno por ciento de ácido carbónico, se da como insalubre. Respirando dentro de una atmósfera que tenía esta proporción, á los cuarenta y cinco minutos de encerrados, continuábamos viviendo en ella, sin purificarla, siete cuartos de hora más, hasta contener 5.º,35 por 100 de este gas. A esta dosis, los síntomas primeros de la asfixia, eran bastante pronunciados.

Tampoco resulta ser inmediatamente asfixiante, una atmósfera cuyo oxígeno sea de 16,80 por 100, y su falta de 4 por 100 esté representada por otros 4 por 100 de ácido carbónico.

La proporción de 20,8 por 100 de oxígeno no es rigurosamente necesaria, pues sin inconveniente, puede oscilar entre 18 y 24 por 100, sin alterar la normalidad de la respiración. Había proyectada una serie de ensayos, aumentando progresivamente la dosis de oxígeno, de los cuales sólo se hicieron dos, porque la montura y prácticas del motor, vinieron á suspenderlas.

La operación de normalizar la atmósfera icítnea, era tan fácil, que pasaba inadvertida casi por los tripulantes. Cuando se puso en marcha la máquina de vapor, ingresaron maquinistas que no conocían el barco, más que por las pruebas que habían presenciado desde el muelle. En uno de los ensayos superficiales, cerramos la escotilla; sumergimos el buque hasta quedar anegado, y dando á entender al nuevo personal, que respirábamos aún el aire natural de la cámara, les tuvimos *dos horas respirando el aire artificial*, que producíamos á bordo. Se quedó absorto el maquinista, cuando al salir le descubrimos la estratagemata. (1).

Ensayos militares

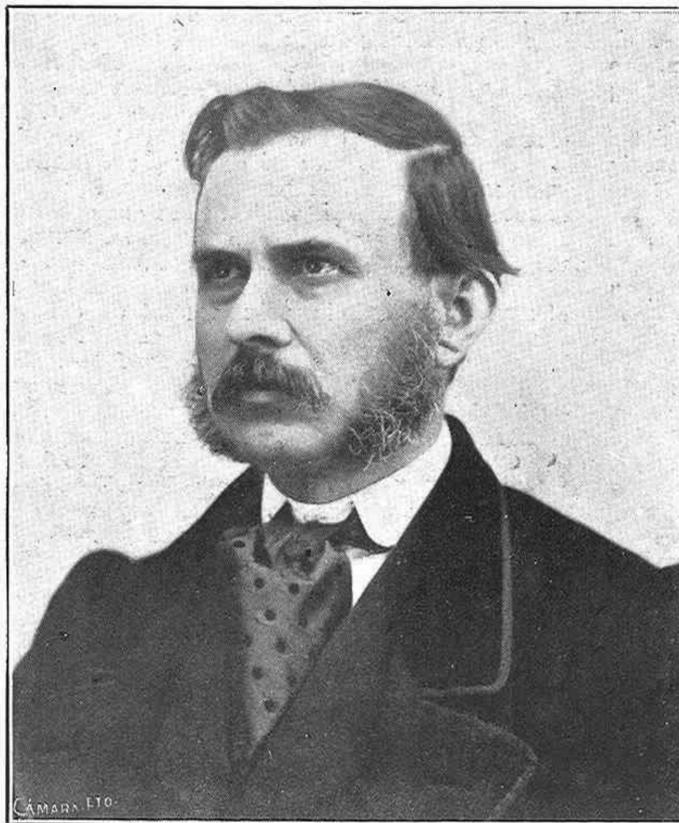
Tenía Monturiol marcado empeño en demostrar la posibilidad de convertir el *Ictineo*, en arma

(1) Mateo Cané era el nombre de este maquinista.

de guerra, y por esta razón, una de las primeras máquinas que se montaron á bordo, fué el cañón, cuya disposición aparece indicada en los planos. Listos los ensayos militares, se quitó enseguida.

Era el cañón, de alma lisa, calibre de 10 centímetros y 6 calibres de longitud; rotativo por sus muñones y apoyado en la cubierta del buque. Cargábase y disparábase estando el buque sumergido.

Con carga de un kilo de pólvora y una inmersión de 90 centímetros sobre su boca, levantaba un cono de agua apreciado en 10 metros de altura. En el interior de la cámara, sólo se percibía en el acto del disparo, como un rumor lejano.



D. NARCISO MONTURIOL
Inventor del submarino "Ictineo"

El torpedo Whitehead, y, por consiguiente, todos los que han venido después, no eran conocidos entonces. Sólo se disponía en Marina del torpedo de botolón, que para usarlo el submarino debía convertirse en automóvil.

Algo se hizo de esto en el *Ictineo*, pero como quiera que los notabilísimos ensayos de cañón no llamaron la atención del Gobierno, se desistió de estos estudios.

Ensayos del motor

Las dificultades de todo orden con que se luchó para implantar la máquina y generador de vapor en aquella cámara, no son para describir.

Calcúlese que el *Ictineo* estaba en el mar y que la caldera y máquina, debían descomponerse en piezas susceptibles de pasar por un agujero de 54 centímetros de diámetro, que era la única escotilla de acceso. Que los 29 metros cúbicos de capacidad total del elipsoide, debían contener, dos máquinas de vapor, ventilador para el tiro forzado y la purificación del aire; depósito de combustible flotante y submarino; aparato generador de oxígeno, de purificación, sumersión, equilibrio, ventilación, achique, flotación, virada,

transmisiones, cañerías, cajas de lastre, tripulación, pasillos y espacios perdidos.

¿Qué le quedaba á la caldera?

Necesario es que esto no se olvide, al ir á juzgar la obra por esta parte. A nuevo motor debía responderse con nuevo barco. No fué posible y hubo que adaptarse á las condiciones del que se tenía.

Las prácticas del motor duraron meses. Era imposible lanzarse al fondo del mar con la máquina de vapor, sin una práctica, sin un conocimiento, sin una experiencia amplia y profunda de su comportamiento.

Los ensayos superficiales fueron más largos de lo que debían, por la multiplicidad de órganos que debían mover y que antes se animaban á mano.

Estudios del petróleo como combustible superficial: ventajas é inconvenientes de usar la hulla ó el coke; ventajas del tiro forzado, etc., etc.

El manejo del combustible submarino, resultó fácil una vez resueltas las dificultades que el motor presentaba en la superficie.

Sólo la alta temperatura que la atmósfera de la cámara tomaba por falta de suficientes refrigerantes, al cabo de tres horas de incomunicación, nos detuvo en continuar las sumersiones á gran profundidad.

Por otra parte, las sumersiones con el nuevo motor, eran caras, porque era necesario proveerse de los dos combustibles; preceder cada sumersión de un ensayo superficial de un par de horas, y tomar varias disposiciones superficiales que obligaban á sostener una tripulación numerosa, que entonces ya no teníamos.

A este punto de los ensayos del motor, se había llegado, cuando por precisión hubo que pararlo todo.

La crisis de dinero que durante tres años agobiaba al inventor y á sus auxiliares, llegó en aquel entonces al período álgido, sin que bastasen ya para detener el desenlace fatal, los hercúleos esfuerzos del inventor.

Los pocos accionistas que quedaban, apremiaban para que se cumpliera la promesa de ir al coral, ya que se contaba con el motor deseado.

Los talleres de construcción exigían el cobro de sus atrasos, negándose á toda entrega de material.

La tripulación, compuesta de amaestrados artesanos, se disolvía, porque no cobraba desde tiempo sus haberes.

La Junta del puerto nos echaba del fondeadero, con el pretexto de que entorpecíamos las obras.

Y por si todo esto fuese aun poco, mandaba el fisco embargar el buque porque, como empresa industrial, no se le pagaban los tributos que la ley previene.

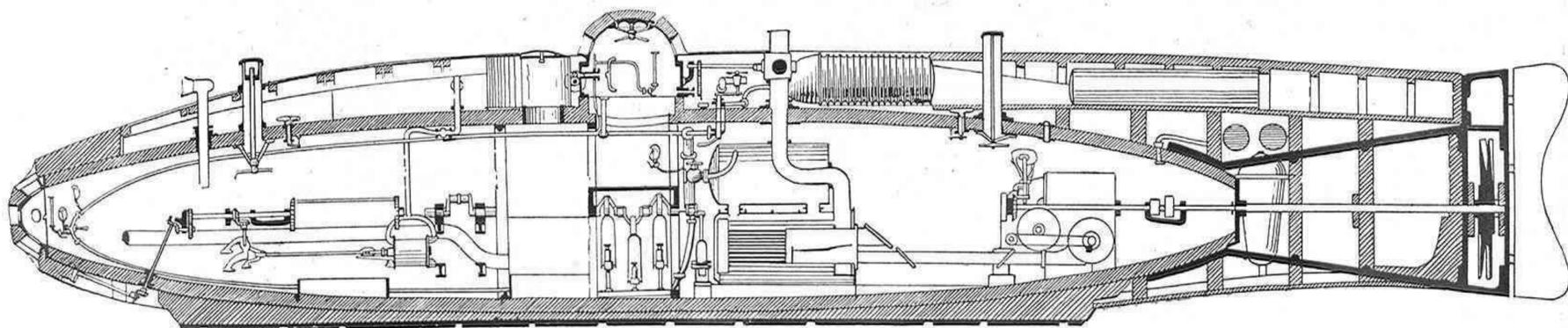
Y á los pocos días de habernos echado del *Ictineo*, lo realizaban los acreedores en el mismo fondeadero, dividido en lotes, que vendían como vieja herrumbre.

¡Qué inmenso dolor para el gran Monturiol, tener que presenciar semejante catástrofe!

Así acabó aquella tan singular como transcendental empresa.

Ahora, compárase lo que se ha hecho después con cuarenta y cinco años de incesantes progresos científicos y hágase justicia.

José PASCUAL Y DEOP
Ingeniero, tripulante del 2.º «Ictineo»



Sección vertical del submarino "Ictineo"

BIBLIOTECA
A. E.
RIP



EL TRASATLÁNTICO INGLÉS "LUSITANIA" EN EL MOMENTO DE HUNDIRSE EN EL CANAL DE SAN JORGE, DESTRUIDO POR UN SUBMARINO ALEMÁN QUE LO TORPEDEÓ

De las dos mil personas que componían el pasaje y la tripulación, sólo lograron salvarse seiscientas

DIBUJO DE R. VERDIGO LANDI



GENIALIDADES DE HOMBRES CÉLEBRES
EL CABALLERO BERNINI

Por algo Víctor Hugo que, á más de altísimo poeta, fué un ingenioso arqueólogo, escribió en *Noire Dame de París*: «Hay una época en que la Catedral escapa de las manos del capellán y cae en las del artista. El artista la edifica á su placer: es dueño de los cuatro muros. El libro arquitectónico pertenece á la imaginación, á la poesía, al pueblo. De ahí, las transformaciones rápidas é innumerables de esta arquitectura que sólo tiene tres siglos; tan chocantes después de la inmovilidad de estanque de la romana que cuenta seis ó siete.» «Esta libertad —añade— va lejos. Alguna vez, una portada, una fachada, una iglesia entera, presentan un sentido simbólico absolutamente extraño al culto y hasta adverso á la propia iglesia. Todas las fuerzas intelectuales convergen en un mismo punto: la arquitectura.»

La piedra se anima, habla y refiere; reviste las formas más atrevidas, las más sublimes y las más grotescas; expresa, por así decirlo, en bloque, ideas, historias y leyendas; fija en síntesis, situaciones y caracteres. Como ha dicho Lenient en *La Satire en France au moyen age*, la Historia del Arte ofrece los mismos contrastes y sigue la misma progresión que la de la Literatura.

Toda la vida del pasado se desenvuelve en las obras pintadas ó esculpidas como en la Canción, el Romance, el Misterio y el Poema. He aquí por qué, observándolas bien, son tan interesantes, instructivas y ejemplares las obras de piedra como las obras literarias.

Un caso típico de los muchos que lo confirman y de los menos notados, es el famoso baldaquino de San Pedro, en la Basílica de esta advocación, en Roma. En sus pilares se representa el cumplimiento, en una mujer, de la maldición lanzada por Jehová sobre la Madre del género humano, al arrojarla del Paraiso terrenal, y el espectador no sabe cómo declararse: si estupefacto ante la escena ó maravillado de la genial maestría del artífice para disimular su audacia sin alarmar el recato. ¡Cuán verdad es que el verdadero Arte, con pluma, pincel ó cincel, puede expresarlo todo sin ofender nada ni á nadie. Los pilares del baldaquino, debidos como se sabe al maravilloso cincel del caballero Bernini, están decorados con el escudo del Papa Urbano VIII. Ostentan todos en sus pedestales dos cartelas sobre las cuales—según la descripción dada hace bastantes años por el Dr. Hamonic en la *Revue d'androgynie et de gynécologie*— se destacan en



Escudo del Papa Urbano VIII



El baldaquino de San Pedro en Roma. (Según un aguafuerte del gran artista veneciano Bauista Piranesi)

parece reposar. El misterio se ha cumplido. ¿Qué intención pudo mover á Bernini á representar tales escenas? ¿Qué quiso simbolizar? El propio doctor antes citado, después de alabar con su autoridad profesional, lo fielmente expresado que está el más importante fenómeno fisiológico, y el espíritu de observación que acredita aquella fidelidad naturalista, cree que el asunto representado por Bernini es de los más serios y trascendentales: el nacimiento de la Iglesia. Si así es, hay que convenir en que no parece muy propio del espiritual autor del baldaquino, el simbolizar tan magno acontecimiento en un vulgar episodio de Obstetricia.

Por humana y por conforme con la historia de otros grandes artistas que en sus obras se vengaron ó se desquitaron de malos tratos ó de desdenes recibidos, ó dejaron huellas de sus antipatías hacia célebres personajes; verídica ó legendaria, parece no menos verosímil que aquella explicación del símbolo, la que copio del doctor P. Noury, de Rouen:

Urbano VIII, de la familia de los Barberini, había encargado á Bernini un colosal baldaquino de bronce, rodeado de esculturas con sus armas, y bajo el cual habría de disponerse un altar reservado exclusivamente al Pontífice para decir misa.

salientes marmóreos, las armas de aquel Soberano Pontífice, en tres abejas heráldicas: las superiores indican la caja pectoral; la de abajo, la parte infero-anterior del tronco.

Todo el perfil del tronco está señalado por el borde del blasón, y lo remata una cabeza femenina y tiene en su base un mascarón gesticulante.

La expresión dolorosa de la una y expulsiva del otro, cambia en cada cartela.

Los ojos de la mujer son saltones, su semblante está contraído, los labios se abren como desgarrados por un sufrimiento horrible, como gritando.

El campo del blasón se abomba, la boca del mascarón se agranda.

Es el instante del dolor supremo, del dolor manantial de vida.

En la última cartela, la cabeza femenina está sustituida por la de un infante moquetado, sonriente y plétórico de salud.

El mascarón, cerrados la boca y los ojos,



Autoretrato del célebre escultor Lorenzo Bernini
 (De una estampa)

Recién comenzada la obra, un sobrino del Papa enamoró á una hermana de un discípulo de Bernini, obtuvo las primicias de su amor, y después de hacerla madre la abandonó en su desgracia ridiculizando su pasión.

El discípulo contó á Bernini el ultraje inferido á su infeliz hermana y la deshonra caída sobre la familia, y le rogó que intercediese cerca del Pontífice para que obligara al bribón de su sobrino á reparar con el matrimonio la mala acción cometida, la herida abierta en el corazón y en la honra de la infeliz niña.

Complaciente y caballeresco el gran Bernini fué con el cuento y con la solicitud al Papa. Pero Urbano VIII, fuese que no tuviera muy buenos informes ó muy halagados

juicio de la moza, ó que temiera no ver acatada su doble autoridad por su sobrino, acogió muy fríamente al artista y le rogó que si no quería disgustarle no volviese á entretenerle con tal instancia, después de lo cual volvió la espalda.

Indignado el caballero Bernini, prometió á su discípulo, cuando llegó al taller, vengarse de modo perdurable. Y iras de un corto meditar, como obedeciendo á repentina inspiración:

—¿El Papa—dijo—no quiere reconocer su propia sangre, al hijo de uno de los suyos? Pues bien: toda la vida tendrá ante sus ojos, cerca del altar donde oficia, las dos víctimas inocentes: la madre y su hijo.

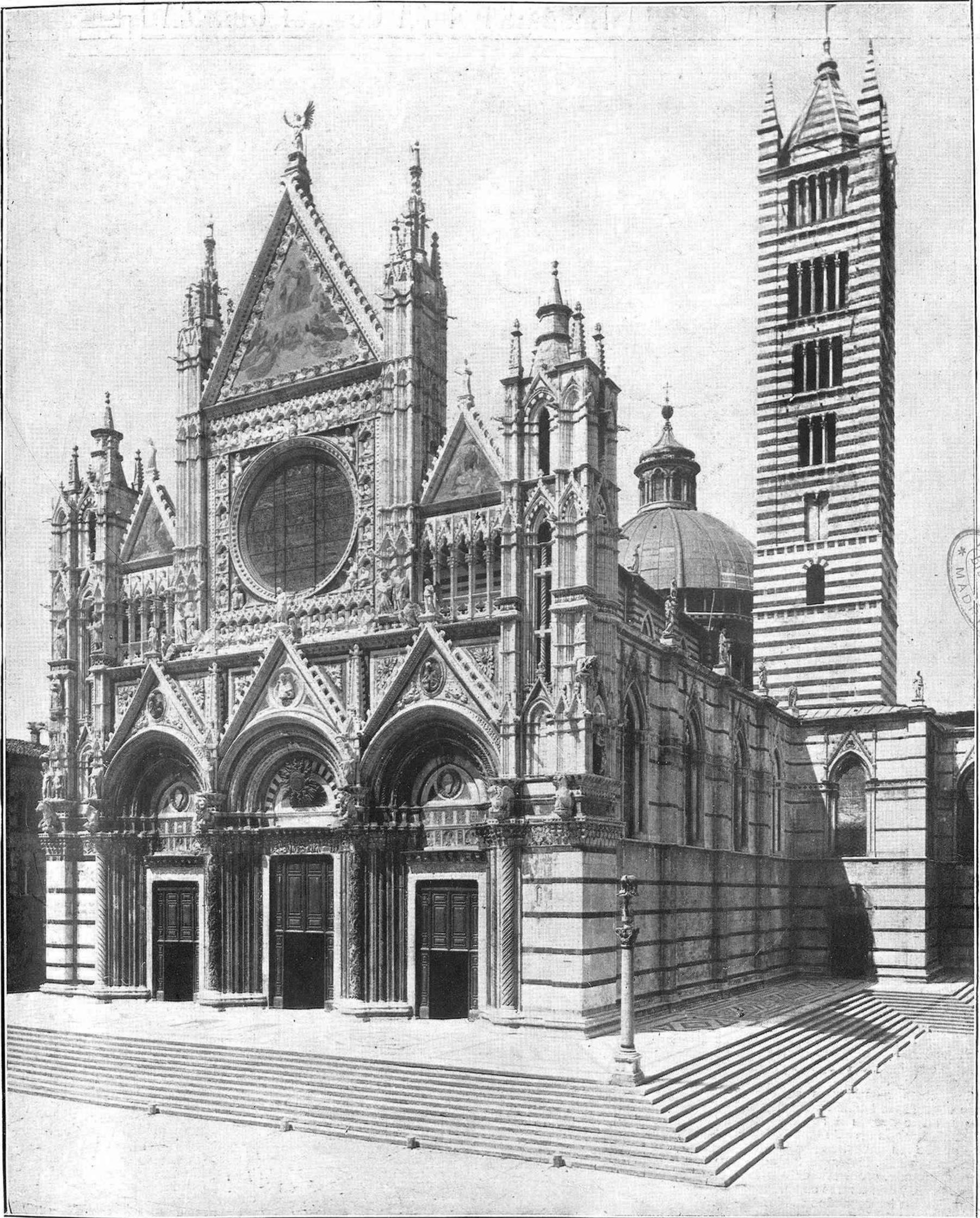
Y tal como se le ocurrió lo llevó á término, sin pararse en escrúpulos.

Crea cada cual lo que quiera. De todas suertes, alegoría religiosa ó venganza de mal gusto, hay que admirar el genio y más aún la extraordinaria habilidad en su autor.

Que no poco genio necesitó para enmascarar, de modo honesto, lo naturalista de su concepción artística, para realizar la cual, por cierto y vaya como detalle, se invirtieron 63,000 kilogramos de bronce.

E. GONZÁLEZ FIOLE

MONUMENTOS ARTÍSTICOS DE ITALIA



FACHADA PRINCIPAL DE LA CATEDRAL DE SIENA

La admirable catedral de Siena, reproducida en la fotografía que publicamos en esta plana, fué construída en el siglo XIII, y aun cuando su aspecto es bello é imponente por su grandiosidad, constituye sólo un fragmento de la que se proyectó en un principio. Con arreglo á la idea primitiva construyóse parte de la nave, mas hubo de suspenderse la edificación á causa de la peste que en 1359 asoló á la ciudad. Pasados los efectos de la terrible epidemia, prosiguióse la construcción de la catedral con arreglo á nuevos planos

COMBATES MODERNOS
DE LA GUERRA MECÁNICA Á LA GUERRA QUÍMICA



Empleo de los gases asfixiantes por las tropas alemanas en la batalla de Langemarck, y con los cuales consiguieron desalojar de sus posiciones á los franceses. (Al fondo, la nube producida por los gases)

No le bastó á la Química combinar en tal forma los elementos que integran los explosivos modernos, sino que acudió á tomar parte en la lucha sangrienta, para sembrar el exterminio por envenenamiento de la atmósfera respirable.

Fueron primero los aliados en algunos de sus proyectiles, y en sus granadas de mano, los que emplearon gases paralizadores que irritaban las mucosas nasales y los ojos, imposibilitando, por breve rato, toda reacción ofensiva; y fueron más tarde los alemanes los que para apoderarse de la cota 60, al Sudeste de Ypres en Flandes, utilizaron los gases asfixiantes de tóxicos efectos.

En 1889, el día 9 de Julio, convinieron las naciones que hoy luchan en no disparar ni hacer uso de proyectiles que tienen como único fin desarrollar gases asfixiantes ó venenosos.

Los alemanes tienen en sus trincheras de Flandes aparatos productores de gases deletéreos y aprovechan la dirección del viento para que, empujando las mortíferas nubes hacia las trincheras enemigas, destruya la muerte á los defensores.

Nubecillas amarillentas se elevan con majestuosa lentitud en densa humareda que avanza á ras del suelo para nimbear con aureola de mártires á los que se ven envueltos por sus asfixiantes vapores. Entonces los soldados germanos, provistos de escarndras, unos, y con caretas compresoras de tapabocas impregnados en bicarbonato potásico ó sódico, otros, se adueñan sin lucha de las trincheras sobre las que flota la envenenada nube.

Los ingleses han tratado de averiguar de qué gases se sirven los germanos para su deletérea acción y han rechazado la hipótesis de que se trate de ácido carbónico, ni de monóxido de



Soldado inglés provisto de la mascarilla defensora contra los gases asfixiantes

carbono, por su difícil manejo, y su gran densidad, y han sospechado que los tales gases son vapores de cloro, de fácil producción por entrar en su preparación el cloruro de sodio (sal común); son dos veces y media más pesados que el aire; tienen, efectivamente, ese color amarillento verdoso que se atribuye á las temidas nubecillas germanas, y la industria alemana, que lo ha monopolizado, lo presenta líquido para su más fácil transporte. Todos los pueblos, en cuanto al cloro atañe, son tributarios de Alemania, que lo produce en enormes cantidades por ser elemento indispensable en la explotación de las minas de oro.

Sir James Dewar, célebre químico inglés, afirma que se trata de vapores de cloro, cuyos efectos fisiológicos empiezan por producir espasmos, una repentina paralización de los músculos laríngeos y la asfixia por falta de aire respirable, entre convulsiones violentísimas y muy dolorosa sofocación.

Otro químico británico de no menos fama, Mr. James Haldane, comisionado por el gobierno inglés cree que los alemanes, tal vez por efecto de su dominio sobre la Química, han mezclado con la clorina otro gas tan venenoso, la bromina, del que tienen una gran fábrica en Stassfurt y que produce idénticos humos espesísimos, y es tan asfixiante, como la clorina.

Por ahora, sólo combaten los efectos de estos gases mortíferos con tapabocas empapados, como se sabe, con bicarbonato de potasa ó sosa.

Esta nueva fase de la terrible lucha hace que los beligerantes oculten bajo la máscara preservadora que cubre sus rostros, el odio que les lleva á emplear la ciencia civilizadora como infamante medio de destrucción.

CAPITÁN FONTIBRE

TIPOS TUNECINOS



NIÑAS TURCAS DE BIZERTA

BIBLIOTECA DE LA ESFERA

CAMARÉ FID.

CIUDADES ITALIANAS: BOLONIA



Vista panorámica de la ciudad de Bolonia

BOLONIA, la vieja ciudad del rey Enzo y de los Pepoli, la de la gloriosa escuela de los gloriadores y juristas, la ciudad de la terracota y de las arcadas y pórticos, es una de las poblaciones más bonitas e interesantes de la Italia septentrional.

Remotos y oscuros son los principios de su historia. Parece que sus primeros pobladores fueron los ligures. Los cimbrios y los etruscos, la embellecieron y ensancharon seiscientos años antes de Cristo. Los romanos, al convertir en provincia la Galia cisalpina, hicieron de Bolonia sede de uno de los Municipios más importantes de Italia.

Al surgir y acentuarse la decadencia del Imperio romano, Bolonia sufrió las consecuencias de las irrupciones bárbaras. Sufrió varios asedios de los visigodos en el año 408 de la Era Cristiana. Formó luego parte del Exarcado con Bolonia, siendo ocupada por los Longobardos, hasta que Pepino, rey de los Francos, se la cedió al Papa en la mitad del siglo VIII.

Al concluir la dominación de los Ottones, se

convirtió en una ciudad libre, formando parte de la Liga Lombarda contra Federico Barbarroja. Combatió después Bolonia contra Federico II y en la batalla de la Fossalta (1429) venció a su hijo, el rey Enzo, al que tuvo prisionero hasta su muerte, acaecida veintidós años después.

No podía sustraerse el espíritu boloñés, fuertemente individualista y revoltoso a las luchas intestinas que asolaron a las ciudades italianas durante la Edad Media, los güelfos y gibelinos, capitaneados respectivamente, por las familias boloñesas de los Geremei y de los Lambertazzi, dieron lugar a la dominación de los Pepoli, cuya última descendiente, anciana y paralítica he conocido yo declinar lamentablemente su vida en el viejo palacio almenado. Los Pepoli vendieron la ciudad a los Visconti, señores de Milán, los que tornaron a restituírsela al Pontífice en 1360.

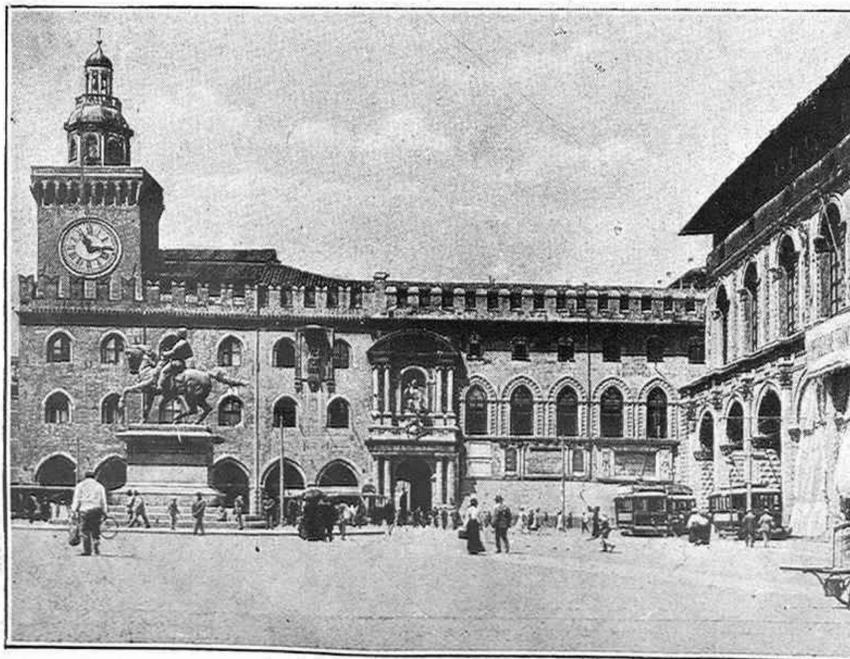
Volvió Bolonia a su libre régimen municipal; los Bentivoglio sucedieron a los Pepoli, y en distintos azares de la suerte, disputaron su dominio los Visconti, hasta que el Pontífice Julio II concluyó con los Bentivoglio para siempre. En 1530,

el Papa Clemente VII coronó a nuestro emperador Carlos I de España y V de Alemania, en la iglesia de San Petronio. Bolonia continuó formando parte de los Estados Pontificios, hasta que a fines del siglo XVIII, se convirtió en la República del Reno.

El tratado de Viena de 1815 la devolvió a la Iglesia, hasta que en 1859, después del plebiscito de la Emilia, formó parte del actual reino de Italia.

Pocas ciudades más sugestivas. Pocas piedras más evocadoras y parlanchinas. Sus azares históricos, sus calidades académicas, su tradición clerical, hasta sus esfuerzos de independencia, han quedado para siempre grabados en su recinto. Y las inquietudes de su espíritu actual han encontrado enamorados cantores—los Carducci, los Pascoli—que han dado fecundas orientaciones al sentido civil de la historia contemporánea.

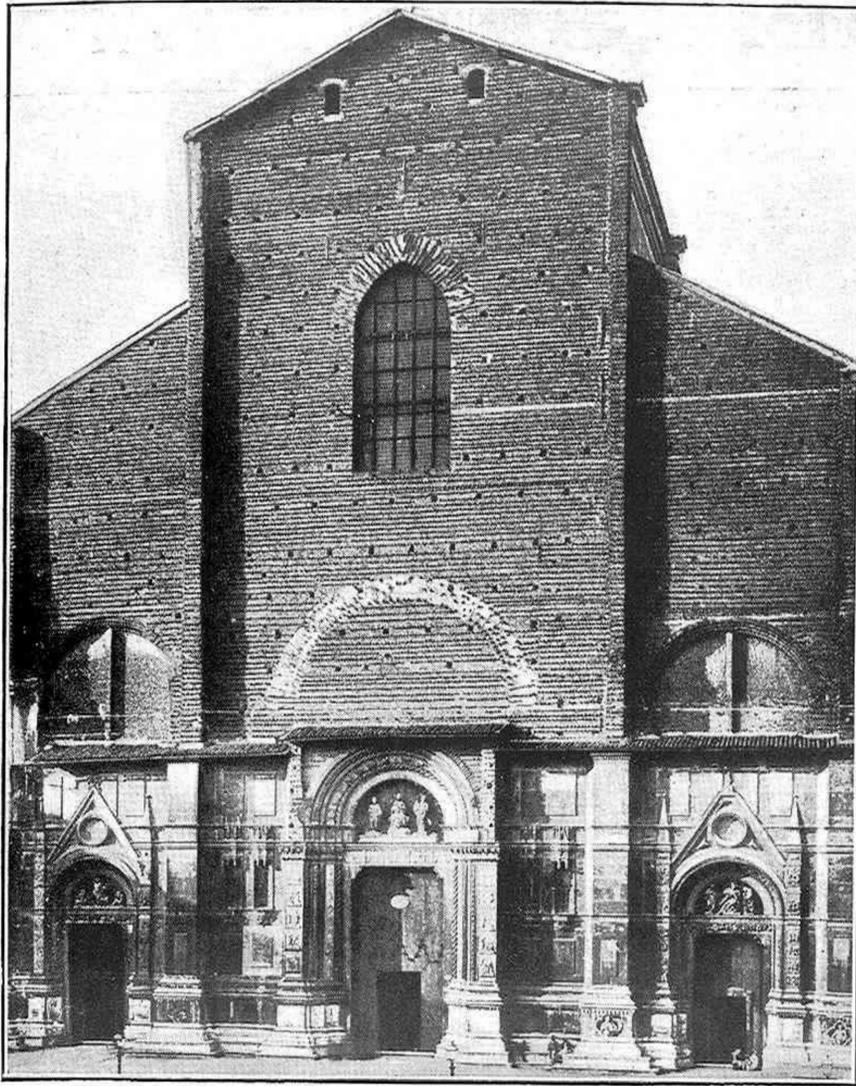
Sus calles, sus anchas y abiertas plazas, son una sucesión interminable de lindos y graciosos pórticos. En su plaza comercial, conserva el vie-



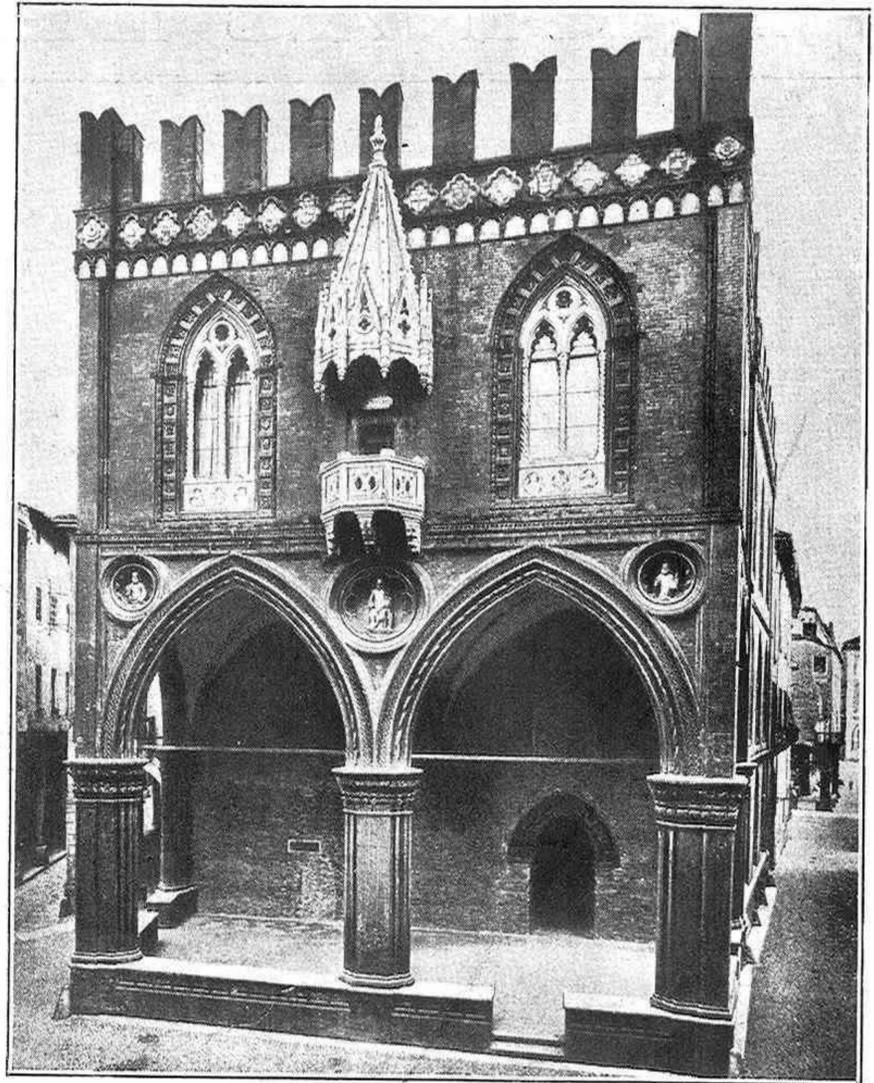
La plaza de Vittorio Emmanuele vista desde el Palacio de Bentivoglio



La puerta de Saragozza, de la ciudad de Bolonia



Fachada de San Petronio



Piazza de' Mercaderes

jo palacio de los Bentivoglio, y no lejos de allí, el palacio del Podestà, edificio de los albores del Renacimiento y prisión del rey Enzo. San Petronio ocupa todo un lienzo de la Plaza Comunal, con su fachada hosca é incompleta. No lejos de San Petronio, en la calle de Máximo de Azeglio, se levanta uno de los ejemplares más exquisitos de la arquitectura toscana del Renacimiento; el palacio Bevilacqua, en cuyas estancias se celebraron varias sesiones del Concilio Tridentino. Sus puertas y ventanas adornadas con alegres esculturas, el hechizo que da á su fachada los tarugos simétricos de su cantera, la estupenda elegancia del conjunto, el patio con su magnífica verja, hacen de este edificio uno de los monumentos italianos más notables.

No es posible pasar revista en un breve artículo, ni á las más notables iglesias de la ciudad: San Esteban, Santo Domingo, San Pedro, Santa María de los Siervos, ni á sus monumentos civiles: el Colegio de España, el Hospital Mayor, la Pinacoteca, los jardines de la Montañola, el catálogo innumerable de sus palacios. Cabe, tan sólo, en las estrecheces y angosturas con que el articulista tiene que luchar en una revista de las proporciones de LA ESFERA, apoderarse del ambiente, del conjunto de una ciudad deliciosa, evocando sobriamente sus impresiones vivas.

Bolonia, como todas las ciudades italianas, tiene

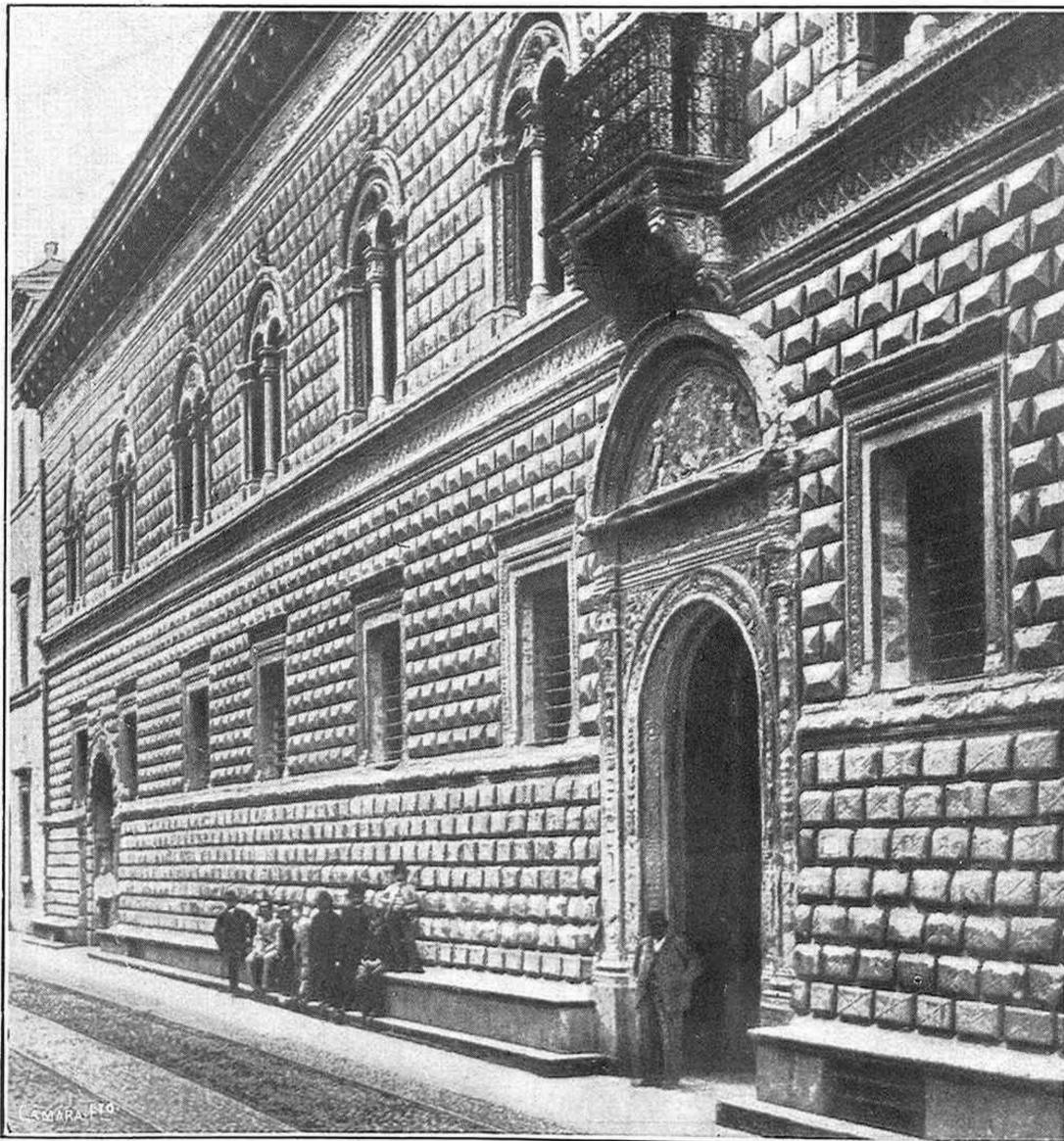
fisonomía suya inconfundible. ¿Dónde encontrarla? ¿En el tono rojo de la terracota? ¿En la ringlera interminable,

elegantísima de sus pórticos y de sus arcadas? ¿En las dos torres, Asinella y Garisenda, que arañan el azul del espacio con un gesto trágico de abatimiento? ¿En las alfombras musgosas de sus tapias y de sus almenas? ¿En la elegante sencillez de sus patios, que descubren lindas perspectivas de jardines, con reposo de sombras, con murmurar de ocultas fontecicas? ¿En la esplendidez de sus mujeres suntuosas, que llenan de gracia, de abandono y de blandura el espíritu romántico de la ciudad? ¡Oh, Bolonia, Bolonia!

Desde estas áridas llanuras de Castilla, á medida que van discurrendo las horas de mediodía, evoco tus divinos atardeceres tendido allá en las faldas de los Apenninos, en San Michele in Bosco.

El tañido dulce de tus campanas resuena en la hondura de tus valles. Tornando á la ciudad por los jardines Margarita, las risas alocadas de tus muchachas y el rumor alborozado y alegre de tus escolares, desafia el gesto trágico de tus despojos medioevales.

Y como los poetas, sabe Bolonia, que la noche se ha hecho para soñar y no para dormir, como han dado en la flor de asegurarnos los amadores vulgares.



Palacio Bevilacqua

José SÁNCHEZ ROJAS

AYuntamiento de MADRID

PÁGINAS DE LA GUERRA



UN PUESTO AVANZADO DE OBSERVACIÓN INGLÉS EN LAS LÍNEAS DE FLANDES, SORPRENDIDO POR LOS ALEMANES CON EL AUXILIO DE LA NIEBLA MATINAL

DIBUJO DE FELIPE DADD



“Segovianas”, cuadro de López Mezquita, que figura en la Exposición Nacional de Bellas Artes

ABUNDAN en esta Exposición Nacional, acaso más que en ninguna otra, lo que pudiéramos llamar «españolismo pintoresco». Ya que no otras cosas, hemos de agradecer á Ignacio Zuloaga, el retorno á los motivos de inspiración genuinamente españoles. En las viejas ciudades, en la vida campesina, en los trajes, costumbres, incluso en los cacharros de pueblos castellanos preferentemente, se inspiró Zuloaga para dar la sensación—no muy exacta, en verdad—de una España que todavía no ha falseado la europeización.

Los pintores contemporáneos comprendieron entonces hasta qué punto era interesante buscar asunto para sus cuadros en las regiones españolas. Ni uno sólo dejó de visitar las provincias castellanas, Avila y Segovia principalmente.

¡Librenos Dios de censurar esta beneficiosa desviación hacia los motivos más característicos y más íntegros de nuestra raza! Lo que sí censuramos, es que todos, grandes y chicos, lo

mismo los maestros que los principiantes, se lancen á pintar lozas talaveranas, campos yermos, capas pardas, refajos amarillos, corpiños de terciopelo, y siluetas socarronas de labriegos...

Este aspecto del arte, como tantos otros, debía estar reservado únicamente á los maestros capaces de interpretarlo, con toda sinceridad y con toda fidelidad.

Uno de estos maestros es José María López Mezquita.

El autor de *El Velorio* sintió, como sus contemporáneos, la curiosidad primero, el encanto después, de esa España que no sé por qué han llamado «inédita».

Primero en Avila, después en Segovia, López Mezquita ha pintado varios cuadros plenos de realismo y de belleza.

La esclavitud ante el natural, realizada por un dominio absoluto de la técnica que constituyen la personalidad de López Mezquita, han dado

lugar á numerosas obras de este género de españolismo pintoresco, para las cuales todas las alabanzas nos parecen pocas.

Marcan, además, un momento muy interesante en la carrera artística del joven maestro. Lo mismo los *Campesinos abulenses*, que habían de ser lo más saliente de la Exposición Internacional de Amsterdam, que *La tía Sabina*, *La moza de Tejuño* y sus *Paisajes castellanos*, dan la nota exacta de las tierras austeras, las lejanías tranquilas, las ruinas grises, los caminos polvorientos, las mozas de perfil puro, las viejas cenceñas y apergaminadas, los hombres enjutos, las telas vistosas, los cacharros arcaicos, de ingenua ornamentación...

Y por último estas dos muchachas segovianas, que en la víspera de la fiesta huronean en el viejo arcón familiar buscando las mejores galas, significan también un triunfo más verdaderamente espléndido para el artista, á quien tan mozo besó en la frente la gloria...

ATENEOS
BIBLIOTECA
R.I.P.



Exposición Nacional de Bellas Artes



EL RETRATO



"Retrato de señora", original de Pinazo Martínez



"Retrato de mi madre", original de José Rivera



"La camelia", cuadro original de Julio Moisés

Si podemos llamar á esta Exposición la del paisaje, también podemos llamarla del retrato. En ninguna otra hemos visto tantos, tan claramente definidas sus tendencias y orientaciones distintas. Y no en balde dos de los más grandes pintores contemporáneos, José López Mezquita y Manuel Benedito han expuesto sólo retratos.

De López Mezquita se hace en otro lugar de este número el debido elogio, ya que las obras del joven maestro son los retratos más salientes y notables del presente Certamen.

El caso de Benedito es doloroso é incomprendible. Desde las cumbres de su arte vigoroso, fuerte, noble, viril, se ha derrumbado hasta los cromos aduladores del mal gusto y refugio antes de ahora, de los que no podían hacer otra cosa. Con pena hemos visto el derrumbamiento del maestro valenciano.

José Zaragoza expone cuatro retratos á cual más admirable. Una sobria elegancia, una certera

elección de actitudes, una sabia relación de tonos, caracterizan estos retratos de José Zaragoza. Acaso el más admirable de todos sea el de caballero, en que el rojo del diván, el negro de la ropa y el blanco de los cabellos, forman un acorde bellissimo. Síguete en méritos y hermosura el de la dama vestida de amarillo, tan sutil, tan refinado, tan representativo de la mujer contemporánea. En contraste de modelo é incluso

ñas, igual amor de las lejanías, que parecen sonar en dulcísima música y adormecernos en un grato ensueño...

Julio Moisés, que en plena necesidad es el primero de los retratistas catalanes, y uno de los primeros de España, presenta un lienzo que no vacilamos en calificar de definitivo. Es el retrato de una muchacha vestida de blanco, sosteniendo con las manos, graciosamente, la mantilla detrás de su cuerpo espigado y rítmico. ¡Con qué maestría está compuesto este cuadro, y con qué extraordinario dominio de la técnica está resuelto! Todo en este retrato de *La Camelia*, tiene la noble pureza de las obras destinadas á ser perdurables modelos. Nada hay en ella que podamos reprochar, y el encanto que de ella surge, evoca el recuerdo de otros cuadros supremos, que sigue retando á los siglos desde los Museos.

Julio Romero de Torres expone, al lado de los cuadros que prolongan su especial concepto del arte como *El Poema de Córdoba*, *La Gracia* y



"La familia", cuadro original de la señora Peña de Chavarri



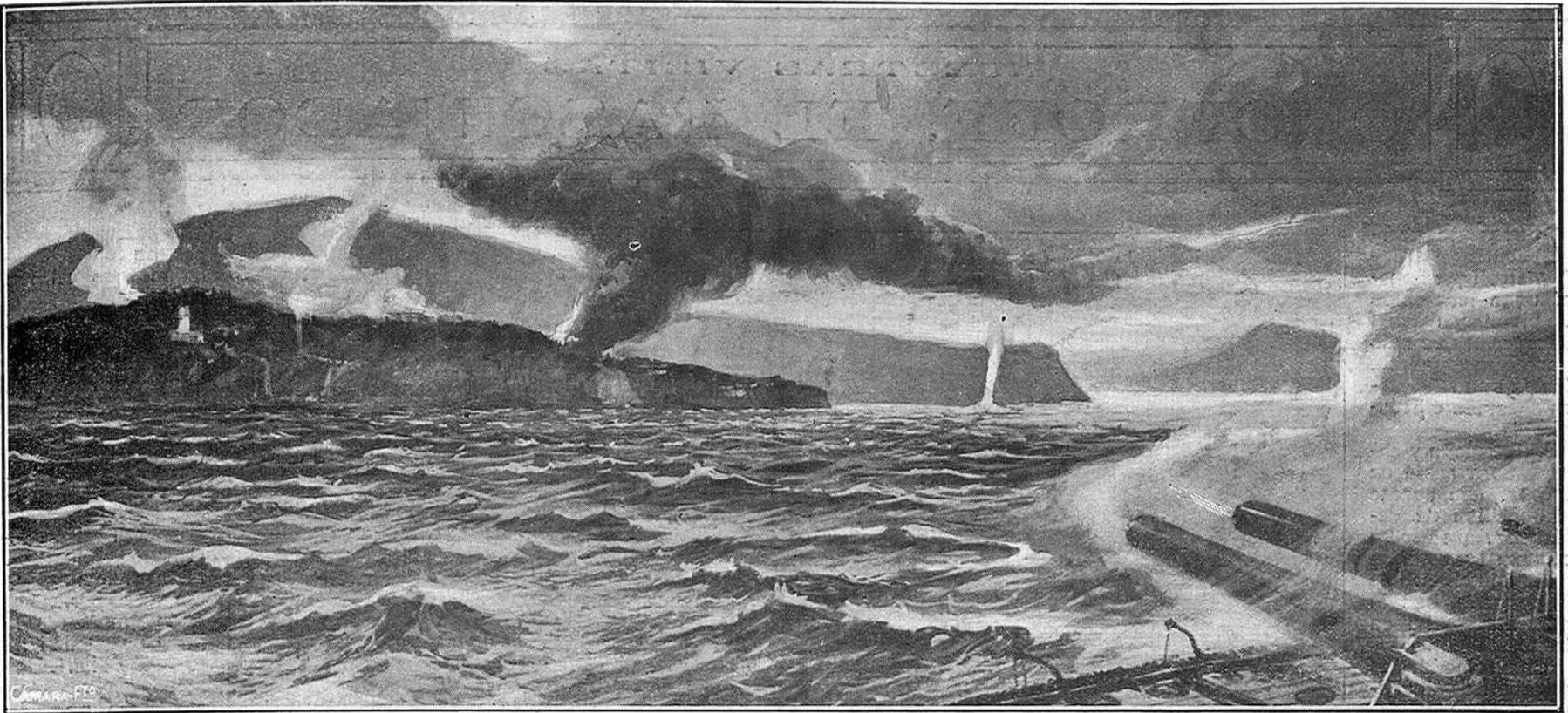
"Retrato de mi madre", original de Francisco Domingo

de procedimiento, el de la señora de R. da una sensación plácida, austera y graciosa á un tiempo mismo, y sorprende por la sencillez admirable de la técnica...

Marceliano Santa María, uno de los más gloriosos paladines de nuestro renacimiento artístico, expone una sola obra: Un retrato de señora. Mas ¡con qué augusta grandeza se destaca y magnifica el arte sereno, rico, majestuoso, del gran retratista femenino! Hermano de aquel otro retrato de señora que fué la nota más bella de toda la Exposición de 1912, hay en éste idéntica riqueza decorativa, la misma patricia y complacencia en pintar sedas, joyas y manos marfile-



"Retrato de la Srta. E. I.", original de Pedro Sáenz



Densísima humareda elevándose de los Dardanelos durante uno de los ataques de los fuertes por los turcos aliados

ECOS DE LA GUERRA

FÁBRICA DE TEMPESTADES

DURANTE muchos días, casi medio año, ha estado oculto el azul del cielo, que según se sabe bien, ni es cielo ni es azul. Temporada más larga de nublados, lluvias y temporales jamás se conoció. El invierno último fué inacabable, desabrido, húmedo. Los días de Febrero que en el centro de Castilla suelen anticipar la primavera, resultaron en 1915, como los del corazón de Diciembre, tristes y lagrimeantes. En parajes de España, donde nunca llovía se empapó el suelo con el persistente gotear de las nubes. Por Andalucía no recuerdan época parecida. En Córdoba ha llovido si Dios tenía qué, y lo que aún chorrea. En Alicante, la tierra sedienta, abatida, exhausta por las implacables caricias de un sol que mata con sus prolongados besos de fuego, se ha sentido por fin la alegría de ver durante semanas enteras el espacio cubierto con nubes plomizas y la tierra encharcada. Se nota en nuestros campos el regocijo que en ellos produce la lluvia; la tierra se esponja, las plantas lucen el color verde brillante, que es símbolo de salud, como lo es el sonrosado en la tez humana. Alzan los árboles sus copas llenas de lozanía, orgullosos del brío que perciben desde allá abajo, desde sus raíces que chupan sin cesar, y las flores muestran más pomposas, pulidas y coloreadas. Y es que lo triste para el mirar es contento para el vivir. A los hombres les produce murría ver un paisaje ceniciento medio velado por las múltiples cortinas del agua que desciende y aquello que se califica como funebre, es realmente animador, porque entonces, cuando el horizonte está cubierto y el suelo fangoso, en el fondo de la tierra se multiplican las palpitations del vivir y en la inmensa matriz, los infinitos gérmenes de que se mantiene la Humanidad, advierten placenteros que lograrán su definitivo desarrollo, muchas veces estorbado por el rigor implacable de la sequía.

Por eso, en el campo, la lluvia es contento, satisfacción, esperanza, ensueño. Así como en la ciudad es enojo, molestia, contrariedad, ira. El labrador, piensa en el beneficio que le reporta la humedad; el señorito dueñese de que se le manche el traje ó de que se le desluzca la fiesta donde pensaba consumir sus ocios. El paisaje gris, sin refulgencias y la tierra rezumosa, hablan al campesino de graneros repletos, de ramas de árboles desgajadas por el peso del fruto, y en cambio mortifican al que desea que todo esté bonito y estirado como si el reproducir la vida no tuviese muchos más numerosos y muchos más largos los instantes de dolor que los de placer...

En este año que corre, puede que nuestro señorío haya sentido gran disgusto, porque han pasado meses enteros sin que hubiese sol para

engalanar espectáculos vistosos, pero en cambio los labradores están que saltan de gusto porque la sementera fué soberbia, y después, todo ha ido á pedir de boca; y, salvando contadas excepciones, las cosechas prometen ser espléndidas.

Dios lo ha querido. No faltará quien piense que donde se regulan de un modo supremo las acciones de los hombres, han resuelto compensar los estragos de una parte con el aumento de beneficios en otra. ¿Hay millones de hectáreas arrasadas por la guerra? Pues, que otras consigan colmada producción para que las satisfacciones aminoren las desventuras.

Pero como en lo de la persistencia de los temporales ha habido, según parece, exceso, no ha faltado meteorólogo dispuesto á escudriñar los motivos de por qué en estos últimos tiempos llovió como nunca, repitiéndose las tormentas incesantemente y provocándose una verdadera revolución atmosférica que tuvo destronado en larguísima temporada al astro rey, soberano de la luz y centro del orden universal.

¿Saben ustedes á qué causa se atribuye por algunos el que las nubes entolden el espacio tan frecuentemente desde hace seis meses? ¿Saben ustedes el por qué de los vientos continuos, de las tempestades repetidas, del diario llover? Pues por la guerra. Ya no caben sus perturbaciones en el mundo y se dilatan al espacio. No sólo ha alterado á la Humanidad, sino que pone en revuelta al Firmamento. Su agitación bárbara, estruendosa y feroz no tiene bastante con la tierra que aniquila é invade hasta los lugares donde se muestra el infinito, donde ponen la ciencia su mira, el ensueño su patria, la fe el sagrado refugio de sus esperanzas. La guerra, que desde el mes de Agosto consume vidas, destruye pueblos, paraliza la actividad humana, extermina la riqueza, ahoga los ideales, declara en quiebra á las grandes aspiraciones progresivas, ha llevado á la atmósfera sus inquietudes, sus conmociones, y el aire no cesa en sus sobresaltos, y las nubes van de un lado para otro, empujadas por los terribles estremecimientos que les causan las detonaciones.

Está probado el hecho de que la agitación insistente y violenta de las capas atmosféricas apiña las nubes y las licua. Así, para provocar lluvias y destruir las grandes masas de granizo, se ha recomendado el uso de cohetes especiales, con los que se obtiene ó se procura conseguir lo deseado mediante grandes y repetidas detonaciones. De la eficacia del procedimiento y de su valor efectivo y técnico, nada aseguro, porque carezco de suficiencia científica para ello. Me limito á repetir lo que he leído en algunos periódicos extranjeros.

Cañones de una potencia extraordinaria disparan sin descanso proyectiles que recorren largas distancias. Hace más de nueve meses que en varios puntos de Europa no cesan los estampidos brutalmente estremecedores. La agitación atmosférica que han causado estas pertinaces convulsiones es la que engendra los constantes nublados, las lluvias generales y continuas, las tormentas sucesivas, los temporales sentidos en todo nuestro Continente.

Podrá haber ó no haber, cuando se acabe la guerra, una agitación social que sea como el epílogo justiciero de la tragedia que ahora despedaza á varios países. Lo que está fuera de duda es que la revolución atmosférica ya se ha producido.

Y la tal revolución, en algunos sitios muéstrase provechosa y fecunda. Donde el suelo estaba muerto de sed y ahora se siente ahito de tanto beber, la inquietud de las nubes parece bendita, porque gracias á ella habrá pan en todos los hogares, no sólo en los del pobre, sino hasta en los del más poderoso, pues de que nazca la espiga y se logre, depende la existencia, no sólo del que trabaja por el jornal, sino también del que cosecha en su predio.

Ahora, que los beneficios logrados por las nubes artificiales no serían nunca suficientes, aun siendo extraordinarios, para que se borran las desdichas que ocasiona la guerra.

Ya son tantos los cañonazos, que se altera la vida alejada de la órbita humana. El zumbido de las armas, arranca lágrimas al mismo firmamento, que por mucho que lllore, no ha de llorar lo suficiente ni para atender á la magnitud de la catástrofe que provoca su duelo, ni para borrar de la tierra la sangre con que se inunda.

Lo físico, tiene estrecha relación con lo moral. Cuando en lo físico se producen trastornos tan grandes que trascienden al orden de la Naturaleza y á las leyes que la rigen, considérese qué clase de alteraciones causará la guerra á que asistimos, en el mundo donde bullen los anhelos, los sentimientos, cuanto da calor al alma humana. Los cañonazos repetidos, forman nubes artificiales que obscurecen los horizontes y causan tempestades.

La guerra, causará también nubes en el pensar y sentir de los pueblos y quién sabe, si tendremos en días futuros temporales pertinaces, tempestades continuas, eterno lagrimear, porque á fuerza de sacudidas y de violencias, las capas del sentir social, apacibles y serenas, se sientan airadas y forjen el rayo demoledor.

J. FRANCOS RODRÍGUEZ





NUESTRAS VISITAS

ONOFROFF, EL FASCINADOR



ANTES de acercarme á Onofroff permanecí unos momentos de pie allí en aquel escenario, que más parece una cuadro... Había una atmósfera apesada é irrespirable.

La pequeña y encantadora rubia de Marck, que parece una menina de Velázquez, paseaba con un brazo enlazado á la cintura de la *doncella*, con la cual parloteaba en francés.

En un rincón, dos malabaristas ensayaban trucos con platos y tazas. Estaban rodeados de varios artistas más que les hacían observaciones en francés, inglés ó italiano. Una mujer guapa y muy pintada le hablaba con mucho mimo y le daba terrones de azúcar á un *griffón*, que para estar más cerca del ama se hallaba subido sobre una jaula de madera. De fuera llegaban las carcajadas y el murmullo del público. Ahora era un oleaje de risas. *Tonino* y su augusto estaban haciendo la corrida de toros... De vez en cuando entraba Leonard estallando dentro de su frac verde de portero; después volvía al público á dar sus acostumbradas voces destempladas y desagradables y recibir un par de bofetadas de los *clowns*. ¡Definitivo!...

El viejo Parish, con su chistera y su levita, pasó por nuestro lado, con andar inseguro, y nos saludó en inglés...

Onofroff seguía hablando con Marck, el domador de leones mansos. Yo esperaba pacientemente á que rompieran su charla para acercarme.

Muchos conoceréis ya á Onofroff: es un hombre altísimo, esbelto, arrogante. De su atildada elegancia no se escapa ningún detalle. El frac impecable, con los botones de pasta; el cuello de pajarita, los zapatos de charol, la leontina, la camelia blanca prendida del ojal del frac y el pañuelo de hilo, perfumado con *Pompeia*.

Al fin tocó el timbre que llamaba á Marck á escena y entonces quedó Onofroff solo. Yo me acerqué á él en el momento que comenzaba á acariciar el hocico del *griffón*.

—Señor Onofroff...

El profesor al oírse nombrar alzó nerviosamente la cabeza y se encontró frente á mí... En seguida, con un gesto muy insinuante, muy expresivo, me saludó. Después me dijo:

—Usted hará el favor de dispensarme alguna incorrección que cometa en el lenguaje, porque no domino bien el español.

—¡Nada de eso!... Al contrario; veo que lo habla usted perfectamente.

Y así era en efecto; pero él repuso:

—Necesito una poca ayuda... ¿sabe? Veamos; ¿qué desea usted de mí?

—Deseo—expliqué yo un poco amilanado—, primero que tenga usted la bondad de conven-



Onofroff sentado en uno de los bancos del Retiro

cerme particularmente de sus experimentos, de los cuales dudo; y segundo que conversemos un gran rato sobre ellos.

—Respecto á lo primero, señor, yo no sé si podré convencerle. Si usted es un caballero que viene á desafiar mis experimentos, yo no acepto; ahora bien, si usted con fe y voluntad desea someterse á ellos... ¡Eso ya varía!

—Deseo someterme á ellos.

—¡Ah!, bien; pues veamos ahora si hay *sujeto*. Ponga la palma de su mano sobre la mía.

Obedecí.

—Ahora—me gritó él—aunque quiera usted retirarla no podrá, porque yo no quiero. Y fíjese bien en que no se la aprisiono, que no están más que en contacto... Tire... ¡Tire usted!...

Yo, haciendo un esfuerzo supremo, traté de despegar mi mano de la suya. ¡Imposible! Era algo como un imán poderoso ó como una plancha electrizada. En mis tirones arrastraba hacia mí el cuerpo de Onofroff, pero las palmas de las manos continuaban unidas como una sola pieza.

—¿De qué le sirven sus fuerzas, mi amigo?—gritó él en tono de chanza.

Tiré con más ahínco. ¡Nada!

—Ya basta—dijo él.

Y las manos se separaron como por encanto, como si hubiese cesado el fluido que las unía.

Onofroff, entonces, me dió una palmadita en la mejilla.

—Está usted un poco pálido—observó—; eso demuestra que ya empieza usted á creer en mí... Terminará usted por ser mi mejor amigo.

Hablaba Onofroff con un acento cariñoso,

casi paternal; siempre con sus ojos melados fijos en los míos.

—Haré con usted más experimentos en mi casa, si usted nos honra con su visita.

—¿Cuándo?—le pregunté yo.

—¿Cuándo?...

¿Cuándo?...—murmuró él interrogándose á sí mismo.—Hoy es sábado... Mañana domingo es día de dormir...; pasado mañana, ¿le parece á usted bien?

—Muy bien—afirmé.

—Pues pasado mañana durante todo el día usted será tan amable, tan galante, que irá á visitarme á la *mía casa*.

—¿Dónde se hospeda usted?—inquirí.

—No le hace á usted falta saberlo—repuso Onofroff sonriendo enigmático.

—¿Pero, Sr. Onofroff, cómo voy á ir sin saber las señas?...

—Señor amigo: Onofroff no piensa imposible; yo le prometo á usted, delante de todos estos señores—y señaló el grupo de artistas que nos rodeaba—que pasado mañana la subconciencia de usted le conducirá á donde yo vivo y donde yo, muy rendidamente, le estaré esperando.

—¡Eso es imposible!—aseguré.

—Para la voluntad de Onofroff no hay nada imposible—afirmó él—. Más ó menos difícil... tal vez. En fin, me toca salir.—Y me tendió la mano al mismo tiempo que me decía:—Hasta pasado mañana; allí en mi casa hablaremos de cuanto usted desee y le someteré á mis experimentos.

—No creo que nos veamos. Más valiera citar-nos al detalle—apuré yo con desconfianza.

—Descuide, señor. Yo le tengo empeñada mi palabra. Claro que parto de la base de que su voluntad ha de estar neutral, esto es: que no ha de esforzarse en verme ó no verme... Vaya, adiós... Mucho gusto.

Y Onofroff, después de hacerme un saludo gentilísimo y arrogante, salió al público.

Sonaron aplausos.

A los cinco minutos estaba en el centro de la pista rodeado de quince mozalbetes, que como unos autómatas ejecutaban sus mandatos. Sentí una inmensa compasión de aquellos seres de los cuales parecía haber huído el espíritu y, como unos maniqués de gestos grotescos, se movían y accionaban mecánicamente, con los ojos fijos y la mirada perdida en la nada. En aquellos rostros sin expresión, sin soplo de vida, había una mueca trágica... Algo de ataud y de manicomio al mismo tiempo.

El público reía... reía. Yo me sentí invadido por un profundo horror y... comencé á creer...

ooo

Muy de mañana, el lunes salí á la calle para reanudar mis quehaceres cotidianos, un poco